

COLECCION VIDAS DE AYER Y DE HOY: I

Cu864.2B

M378sm

U

VICENTE SAENZ



MARTI

RAIZ Y ALA DEL LIBERTADOR DE CUBA



EDITORIAL AMÉRICA NUEVA

MÉXICO, D. F., 1955

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS
DE ACUERDO CON LA LEY, POR
EDITORIAL AMÉRICA NUEVA, 1955.

IMPRESO EN MÉXICO.—TALLERES DE SERVICIO IMPRESO,
S. A., CALLE DE ITURBIDE 26.—MÉXICO 1, D. F.

COLECCION VIDAS DE AYER Y DE HOY: I

VICENTE SAENZ

MARTI

RAIZ Y ALA DEL LIBERTADOR DE CUBA



EDITORIAL AMÉRICA NUEVA

México, D. F., 1955

Cu 864.2B
M 378sm
U

+

Sistema de Bibliotecas - UCR



140541

140541

- 7 AGO. 1973



PORTADA

ESCRIBIO Carlyle que los ingleses, entre sus ricas colonias y Shakespeare, se quedarían con Shakespeare. No sé lo que opinen al respecto los magnates de la City de Londres. Y aun me atrevo a poner en duda que se inclinen más al dramaturgo, que al petróleo, los accionistas de la Royal Dutch.

Podría en cambio afirmarse que el pueblo cubano —como pueblo: con su memoria ancestral, consciente o subconsciente; con su tradición y su cultura intrínseca—, ante el dilema de escoger entre su genio tutelar y sus reliquias coloniales, sus zafras o su Capitolio, se iría como un solo hombre tras la figura luminosa de José Martí.

“El es nuestra mayor riqueza”, dirían del maestro y del apóstol los cubanos de alcurnia espiritual; y los *mambises* de heroico temple; y los *negros con el alma blanca*, que ya no son ni

nunca más serán esclavos en el territorio de la gran Antilla.

Y de uno al otro confín del Continente escucharíamos millares y millares de voces antillanas, de hombres y de mujeres, de niños y de ancianos, con este único pensamiento y con este clamor de un pueblo entero, indestructiblemente cohesionado por la magia, la mística y la sangre de un varón excepcional:

—¡Que nadie intente despojarnos de José Martí!

—Todo lo damos por él, porque Martí somos nosotros mismos.

—Martí es nuestra propia conciencia.

—Martí es el corazón de nuestra patria.

—Quitarnos a Martí sería como dejarnos sin Cuba; sin bandera; sin lo mejor y más limpio que tenemos; sin nuestro más alto símbolo de libertad, de civilización, de justicia y de protesta contra el entreguismo, el desenfreno, la dictadura y la barbarie.

MAS ¿quién es este hombre tan extraordinario, que así unifica las ideas y los anhelos, el pasado y el presente de toda una nación?

¿Quién es esa figura inmensa, multiforme, polifacética, rectilínea, llama pura y purificadora, más espíritu que cuerpo?

¿Quién es este iluminado de matices tan brillantes: poeta, escritor, pensador, estadista, tri-

buno, maestro, político de visión profética, cuya presencia en nuestra Historia es para que nos sintamos consolados y optimistas los que tenemos por hogar común a la América Española?

¿Fué, acaso, un general victorioso, que con el filo y la punta de su espada, con bombarderos, acorazados, tanques y cañones, logró marcarle más amplias fronteras a su patria?

¿O, tal vez, un viejo príncipe en su trono, con mucho poder y fuerza, bien dotado de armas y de obedientes súbditos guerreros, para enfrentarse a los enemigos de su reino y dominarlos?

¿O hijo venturoso de gentes ricas de abolengo, que pudieron instruirlo y educarlo para que se elevara, con su preparación y su talento, a la máxima altura de los grandes guías americanos?

No. Martí fué más que todo eso. Más que un general afortunado, y que un viejo príncipe en su trono, y que el hijo venturoso de gentes ricas de abolengo, según se verá en las páginas que siguen.

PRIMEROS AÑOS

EN humilde cuna mecieron sus padres, hace cien años, al niño José Julián. Nació en La Habana el 28 de enero de 1853, en una pobre pero limpia vivienda de la antes Calle de Paula Núm. 102, barriada de San Isidro.

Don Mariano Martí Navarro, su progenitor, natural de Valencia, no pudo escaparse de las quintas. Y en quintas fue traído a la colonia de Cuba, para que cumpliese su servicio militar.

Recio, flaco, de larga perilla y bigote tan obscuro y tan tupido que solían decirle sus compañeros de armas “Bocanegra”; testarudo, hasta en su honradez que era cabal; reñido con las ciencias, las artes y la filosofía; de pocas letras, en resumen, he aquí el retrato de don Mariano.

Dulce y comprensiva su mujer, doña Leonor Pérez Cabrera, laboriosa y abnegada, deshacíase por darle ánimo al marido con su bon-

dad y su ternura. De Santa Cruz de Tenerife, corazón de las Islas Canarias, fué llevada, la que sería madre del prócer, al corazón de Cuba.

Ya es sargento de artilleros don Mariano, cuando le nace el hijo. Y en 1855 se le asciende a subteniente de infantería. Pero es hombre de trabajo, y de trabajo fuerte, como lo fueron sus padres y sus abuelos en Valencia. La holganza del cuartel; los arreos y los saludos y las maniobras militares; el cuadrarse frente a cada uniforme con mayor número de rayas y un individuo adentro; y la soldada escasa, sobre todo, sin perspectivas de mejorarla para criar debidamente a la familia que ha empezado a crecer, le van agriando el carácter de mal en peor.

Necesita trabajar, producir, dejarse de taconeos y cornetazos. Resuelve entonces, heroicamente, licenciarse del ejército. Recordará sin duda sus años mozos, pensando que no es cosa del otro mundo establecer una cordelería, para seguir en esa forma el oficio de sus antepasados.

¿Comerciante varón como él, de malas pulgas con el posible cliente, que ve, pesa, mide, vuelve a mirar y regatea? ¿Comerciante don Mariano, cuando incluso será terco en no cobrarle al prójimo sino lo que Dios manda y permite, echándose así la enemiga de sus cofrades peninsulares, tan caritativos siempre y tan devotos, que hoy como ayer le suben el precio a la

mercancía o le cargan la balanza, conforme aumenta la penuria de los de abajo?

DE lo que hiciera detrás de un largo mostrador el buen sargento, el inconforme subteniente de infantería, no se tiene en realidad noticia cierta. Sabemos todos en cambio que en 1856, por urgencias económicas, no tuvo más remedio que aceptar una plaza de celador de policía en el barrio del Templete. Y que a los pocos meses, puesta su ilusión en el retorno al solar nativo, se quitó de nuevo el uniforme y se embarcó con los suyos a Valencia.

Tenemos así que el pequeño José Julián, apenas cumplidos los cuatro años de edad, hizo su primer viaje a la metrópoli.

Mas como suele ocurrir a los españoles absorbidos por América, por ambiente tan distinto del europeo, por el embrujo de las selvas, de los montes, de la plácida villa, de la ciudad alegre o del cañaveral, sintieron los Martí nostalgia de Cuba y del Caribe. Ni las costas, ni las aguas, ni los aires del Mediterráneo eran su medio.

Y sea por esa nostalgia del clima americano, o porque no encontrase el jefe de la familia medios suficientes para trabajar en Valencia, al cabo de dos años atravesaban de nuevo el Atlántico el padre, la madre y el hijo —quien iba ya

por el sexenio—, radicándose otra vez en la bella y acogedora capital de la mayor Antilla.

Pero no le sonríe tampoco la fortuna a don Mariano. Preocupado anda y con el ceño hecho una arruga, hasta caer inevitablemente, porque no hay otro camino, en sus viejas funciones de celador de policía. Ahora lo han nombrado en el barrio de Santa Clara. Y en la Escuela Municipal de ese sector habanero cursará sus primeros estudios, con precoz inteligencia, el pálido niño de ojos brillantes, cabello negro alborotado, frente amplia y maneras suaves, José Martí.

YA vimos que era varón rudo don Mariano. Rudo, y terco, y honrado. Y un hombre terco en el cumplimiento de la ley, de mal carácter por añadidura y sólo con bastón de mando, pero sin mando, mantendrá a salvo su honradez, pero lo sacarán del puesto. Y del puesto sacaron al valenciano intransigente, cuando quiso imponer su precaria autoridad sobre personas e intereses que por su alcurnia, o sus influencias, pretendían violar los reglamentos.

Cesado y amargado, más fruncido el ceño, tiene que enfrentarse nuevamente el padre de Martí con la injusta escasez de la pobreza. Semanas y meses de vocablos agresivos y de mal talante, hasta que al fin lo nombran capitán de partido en el Hanábana. Y como ya su hijo

Pepe sabe escribir con buena letra y sin faltas de ortografía, consigo lo lleva el padre para que redacte oficios y le vaya sirviendo de amanuense.

Allí está el niño, feliz cuando monta todas las tardes su alegre potro, al que cuida mucho; y cuando ve cómo crece, y cómo canta al amanecer un gallo fino, al que cría don Mariano y le aceita las espuelas para pelearlo. Va por los nueve años José Julián. Y es tan viva la descripción que le hace a doña Leonor del gallo y de la cabalgadura, su prosa tan correcta, que ya la quisieran para sí no pocos bachilleres con diploma en marco, y aun ciertas gentes muy sabidas de mayor edad.

Sin embargo, no se muestra satisfecha, no parece tranquila doña Leonor. Su tierno hijo también le habrá contado, con lágrimas en sus grandes ojos melancólicos, con indignación y con espanto, las atrocidades que ha podido presenciar.

Le hablará de los azotes a los esclavos; de sus gritos de dolor; de sálpicaduras de sangre y de pedazos de carne, adheridos al látigo del infame capataz. ¡Y del pobre negro al que vió “colgado en una ceiba”!

SUFRE y se queja la madre. Le hace ver a don Mariano cómo es sensible el muchacho, y cómo tiene despierta la imaginación. Luchará

para que comprenda, además, mientras mueve el valenciano su tupido bigote, hasta qué punto pierde el tiempo y se le achata el horizonte a Pepe en la Capitanía. Explica, ruega, implora. Y convence a la postre a su marido de que es mejor para el pequeño continuar sus estudios que seguir en el Hanábana.

Ingresa entonces Martí en el Colegio de San Anacleto, dirigido por el maestro de grata memoria don Sixto Casado. Como premio de su aplicación y regalo del décimo cumpleaños —estamos en 1863—, compra los textos y paga la matrícula su padrino Arazoza. ¡Nunca se empleó con más alto provecho tan modesta suma de dinero!

Pronto será Martí el primero de la clase, y el primero en compostura, y el primero en ayudar y prestar sus apuntes a los compañeros que se van quedando a la zaga. De esas aulas nace su amistad de toda la vida con Fermín Valdés Domínguez, cuyo padre guatemalteco y su señorial y opulenta familia darán siempre la mano, primero al niño pobre, después al patriota y al revolucionario.

Mas he aquí que otra vez interviene don Mariano en contra de las aspiraciones del hijo, de la madre y del padrino. Al viejo celador no le parecía cuerdo soñar con bachilleratos, doctorados ni licenciaturas, cuando en el hogar faltaba tanto para las hermanitas menores y para

lo más indispensable. ¡Faltaba pues, lo indispensable, por mucho que él se matara trabajando, y por mucho que se matara también doña Leonor, desde la mañana hasta la noche, con sus costuras mal pagadas, siempre de urgencia, para damas de sociedad!

“Ya es tiempo de que seamos prácticos”, le dice el valenciano a su mujer. “¿Acaso los ricos del barrio saben algo de letras o de caligrafía?” Y sin dar tiempo a discusiones instala de nuevo al niño en el Hanábana, frente a la gran mesa, y los papeles, y los oficios de la Capitanía, mientras afuera canta el gallo fino, veterano ya de varias lidias, y en su cuadra relincha y suda de calor el potro.

HEMOS llegado a 1865. Cumplidos tiene doce años José Martí. Y por fortuna para él, aunque infortunadamente para don Mariano, le aplican al padre un nuevo cese. Cejijunto el grande, sorprendido el chico, ambos regresan a la capital.

Aprovecha entonces la oportunidad doña Leonor, a quien la inteligencia del hijo y su intuición de madre, la hacen concebir fundadas ilusiones. Que siga estudiando el muchacho es lo indicado, en tanto no requiera su ayuda don Mariano en otro puesto.

Grande es la buena fama de que goza, mercedamente, don Rafael María de Mendive.

Mucho se habla de él como hombre íntegro, como educador y literato. Esperanzada está doña Leonor. ¿Sueña, tal vez, con lo imposible? Va, viene, pide consejo a su compadre Arazoza. Entrevistan los dos al ilustre y prestigiado maestro, Director del Colegio de San Pablo. El señor Mendive desea conocer a su probable alumno.

Emocionada la señora, animoso y con traje de dominguear el jovencito, se encaminan una tarde al afamado colegio, conocido también por Escuela Municipal de Varones. Es una hermosa casona en el Paseo del Prado, con sus amplios corredores, verdes enredaderas, su refrescante jardín, sus mangos, sus nísperos y la sombra bienhechora de un higuerón al centro.

Afable y bondadoso los recibe don Rafael María. Entra en diálogo con José Julián. Le dicta algunos versos. Lo interroga sobre diversas materias. Lo escucha. Torna a preguntarle. ¡Ya es alumno del colegio! Y de allí en adelante, conforme el maestro va conociendo a su discípulo, ya tiene defensor y abogado el futuro apóstol de la libertad de Cuba.

ENCONTRARA el señor Mendive forma adecuada de hacer que entienda don Mariano cuánto vale su hijo. Le costeará los gastos de su segunda enseñanza. Y al amparo suyo, de sus orientaciones y de su limpio ejemplo, se irá forjando el gran Martí, el patriota por antono-

masia, el continuador más fervoroso de la obra de Bolívar en América. En realidad, lo que fué Simón Rodríguez para el prócer venezolano, eso fué el señor Mendive para José Martí.

“No he podido borrar jamás, ni una coma de las grandes sentencias que usted me ha regalado. Siempre presentes a mis ojos intelectuales, las he seguido como guías infalibles”. Estas son palabras de Bolívar a su preceptor, radicado en el Viejo Continente, cuando se encontraba el inmortal caraqueño en el apogeo de su carrera y de su gloria.

Martí a su vez, adolescente todavía, le escribirá a Mendive: “Mucho he sufrido, pero tengo la convicción de que he sabido sufrir. Y si he tenido fuerzas para tanto, y si me siento con fuerzas para ser verdaderamente hombre, sólo a usted se lo debo”.

¿Y don Mariano? El noble y generoso espíritu de Martí lo recordará igualmente, con devoción y con filial ternura: “Papá —les escribe a sus hermanas— es un hombre admirable. Fué honrado, cuando ya nadie quiere serlo. Y ha llevado la honradez en la médula como lleva el perfume una flor y la rudeza una roca”.

Y en carta para doña Leonor, fechada el 15 de mayo de 1894, un año antes de su inmoliación: “Pero mientras haya obra que hacer, un hombre entero no tiene derecho a reposar. Preste cada hombre, sin que nadie lo regañe, el servicio

que lleve en sí. ¿Y de quién aprendí yo mi entereza y mi rebeldía, o de quién pude heredarlas, sino de mi padre y de mi madre?

Cu 864.2B

M 378, am

140541

U

EN LA PRISION

DEL colegio pasará nuestro joven a la cárcel. El 10 de octubre de 1868 estalló la *guerra grande*, acaudillada por el patriota sin mácula Carlos Manuel de Céspedes.

El Grito de Yara estremeció a la Isla. Y el estudiante Martí ocupó su puesto, con las únicas armas que tenía a la mano: un pequeño periódico, “El Diablo Cojuelo”, aparecido en los primeros días de 1869, y un solo número de “La Patria Libre”, con su intencionado poema “Abdalá”, que se publica el 23 de enero.

Son horas heroicas y amargas, de tumultos, desórdenes y sangre. “La madre ruega y el padre ordena y prohíbe —escribe Andrés Buarque—, en un humano y natural deseo de apartar al hijo de caminos peligrosos. Español y celador de policía, don Mariano sabía qué medidas se tomaban, y podía medir qué medidas iban a tomarse en contra de los rebeldes. Todo el absurdo

de la política española respecto a las colonias, parece amontonarse contra la Isla desde 1810. Siendo la soberbia igual que siempre, y Cuba cien veces más pequeña que el Continente, vemos caer aquí los errores de la Monarquía española de una manera más brutal, ciega y numerosa. Martí será una de las nuevas grandes víctimas”.

Y sobre lo que le ocurre al joven de 16 años en esos días de prueba, nos pinta la siguiente escena Rafael Estenger:

“El señor Mendive recibió el semanario con el poema “Abdalá”, y comenzó a extrañar que Martí no hubiera ido a visitarlo. Con el señor Mendive, en torno de una gran mesa de caoba, charlaban el viejo don Cristóbal Mandan y el bondadoso Fermín Valdés Domínguez. Muy cerca, doña Micaela Nin, la esposa de Mendive, con sus costuras en las manos. Oyeron de pronto un peculiar toque en la puerta. Llegaba José Martí. Dicen que doña Micaela preguntó al recién llegado:

“—¿Qué te pasa, Pepe?”

“El visitante apretó fuertemente los labios, como para contener un sollozo. Sus grandes ojos tenían una dramática angustia. El sombrero le vacilaba en la mano trémula. Todos callaban estupefactos, de pie junto a la mesa. No pudo el muchacho responder a la pregunta sencilla de Micaela, y se dejó caer en una silla, donde rompió a sollozos largamente. ¿Qué le había ocurrido

al muchacho poeta de “Abdalá”, que no venía con la sonrisa en los labios para recibir las felicitaciones de los amigos? Nada decía, rojo de vergüenza.

“El señor Mendive se quedó entonces a solas con el discípulo lloroso, porque las grandes penas quieren recogimiento, y le oyó contar al oído las iras de don Mariano al recibir “La Patria Libre”. El celador le amenazaba y le reñía. Cuando leyó, a destajo, aquel periódico sincero, le pegó enfurecido. El dulce maestro que tenía barba de apóstol, y lo era, trataba de consolar al muchacho.

“—Estoy seguro, le dijo, que a tu padre se le pasará el mal humor: llegará a respetar y comprender tus ideales”.

ASI le hablaba el señor Mendive a su discípulo, cuando ya la policía rodeaba su casa, acusado el maestro de complicidad en los desórdenes y tiroteos del Teatro Villanueva. Fué un acto emocionante a beneficio de los insurrectos, en la noche del 22 de enero, que coincidió con la aparición de “La Patria Libre”.

Grupos entusiastas de mujeres cubanas: criollas de alcurnia, señoras de la clase media, guapas señoritas habaneras, ataviadas con la bandera azul y blanco de la insurgencia y de la cubanidad, irrumpieron en la función del Villanueva. Y se armó esa noche la de Dios es Cristo,

entre vivas a Cuba, mueras a España y nutridos disparos de guardias y *voluntarios* contra la concurrencia.

Encarcelado el señor Mendive en el Castillo del Príncipe, lo mandarían después al destierro. Cerca de él estuvo siempre Martí, en la prisión con sus visitas, en el exilio con sus cartas. Y como el Colegio de San Pablo fué clausurado por las autoridades el 23 de marzo, decidió don Mariano que Pepe trabajara. Y trabajó Martí en un almacén como contable y escribiente, de las seis de la mañana a las ocho de la noche, “por cuatro onzas y media” que ponía, devotamente, en manos de su padre.

Mas he aquí que para el 21 de octubre ya están presos los jóvenes Eusebio Valdés Domínguez —hermano de Fermín—, Manuel Sellén y Atanasio Fortier—“el francesito”, a quien protegió y pudo libertar el Cónsul de Francia—, confesos y convictos de haber lanzado cáscaras de naranja a un batallón de presuntuosos voluntarios; y los amigos inseparables, José Martí y Fermín Valdés Domínguez, porque la policía ha encontrado un documento comprometedor, con la firma de los dos adolescentes.

“A Carlos de Castro y Castro —decía el papel—. Compañero: ¿Has soñado tú alguna vez con la gloria de los apóstatas? ¿Sabes tú cómo se castigaba en la antigüedad la apostasía? Esperamos que un discípulo del señor Rafael María

de Mendive, no ha de dejar sin contestación esta carta.—José Martí. Fermín Valdés Domínguez”.

EN cárcel honrosa tenemos, pues, a José Julián, quien no se amilana por los padecimientos y habla de felicidad, de los tropiezos de la vida y, a sus cortos años, del cuerpo y el alma de las mujeres. Vale la pena transcribir unos cuantos párrafos de la carta que escribió a doña Leonor, desde su celda, el 10 de noviembre de 1869:

“Madre mía: . . .Mucho siento estar metido entre rejas, pero de mucho me sirve mi prisión. Bastantes lecciones me ha dado para mi vida, que auguro que ha de ser corta, y no las dejaré de aprovechar. Tengo 16 años y muchos viejos me han dicho que parezco un viejo. Y algo tienen de razón.

“ . . .Es verdad que usted padece mucho, pero también lo es que yo padezco más. ¡Dios quiera que en medio de mi felicidad, pueda yo algún día contarle los tropiezos de mi vida! . . .Nada me hace falta, sino es de cuando en cuando 2 ó 3 reales para tomar café —pero hoy es la primera vez que me sucede. Sin embargo, cuando se pasa uno sin ver a su familia ni a ninguno de los que quiere, bien puede pasar un día sin tomar café. Papá me dió 5 ó 6 reales el lunes. Dí 2 ó 3 de limosna y presté 2”.

Expresa a continuación el deseo de ver a sus

hermanitas, y es aquí donde habla de las mujeres. Cita también al señor Mendive, y termina su deliciosa carta pidiéndole a su madre la bendición y que le mande libros de versos:

“Tráigame el domingo a alguna de las chiquitas... Esta es una fea escuela; porque aunque vienen mujeres decentes, no faltan algunas que no lo son. Tan no faltan, que la visita de 4 es diaria. A Dios gracias, el cuerpo de las mujeres se hizo para mí de piedra. Su alma es lo inmensamente grande; y si la tienen fea, bien pueden irse a brindar a otro lado su hermosura. Todo conseguiré la cárcel, menos hacerme variar de opinión en este asunto.

“...En la cárcel no he escrito ni un verso. En parte me alegra, porque ya usted sabe cómo son y cómo serán los versos que yo escriba... Aquí todos me hablan del señor Mendive, y esto me alegra... Mándeme libros de versos y uno grande que se llama “El Museo Universal”. Dele la bendición a su hijo. Pepe”.

CON su gran fervor por la amistad, a pesar de las protestas de Fermín, quien declaraba ser responsable del escrito contra el compañero apóstata, logró convencer Martí a los jueces de que eran suyas la redacción y la letra de la carta. Pena de muerte pedía el fiscal Lanzas y Torres para el culpable, por insultos a la Escuadra de Gastadores del Primer Batallón Vo-

luntario de Ligeros, y por sospechas de infidencia”.

Sumamente severo era el fiscal. Seis años de presidio fué la sentencia para Martí, y seis meses de arresto mayor para Valdés Domínguez. A los otros dos estudiantes, Sellén y el hermano de Fermín, los de las cáscaras de naranja, se les expulsó de la Isla por tiempo indefinido.

¡Y a cumplir la condena! De la cárcel de La Habana fué trasladado Martí a los tormentos del presidio, el 4 de abril de 1870, en las horribles canteras de San Lázaro. ¡Grillete en el tobillo! ¡Cadena de cuatro eslabones colgada a la cintura! Picó piedra bajo el sol tropical y bajo el látigo de los “brigadas”. El terreno calizo era como fuego que le llagaba los pies. Su resplandor le hacía supurar los ojos. Y los grillos y las cadenas le mordían de tal modo la carne, que para el resto de su vida quedó marcado con úlcera maligna, padeciendo hasta su muerte las consecuencias y los dolores de aquel suplicio.

Pudo visitarlo varias veces don Mariano. Hombre fuerte y rudo —ya lo hemos visto—, palidecía sin embargo de indignación y de angustia, al darse cuenta de las atrocidades del presidio. ¡No: eso no era España!, pensaría el buen celador. Y acaso por primera vez en su vida, mientras estrechaba contra su pecho al hijo primogénito, lloró sin disimulo y sintió que resbalaban sus lágrimas sobre el tupido bigote.

864.2B
378.2m 140541
e.3;

Pero a Martí, antes que lo suyo propio, le atormentaba el sufrimiento de los demás: de otros prisioneros que gemían y se doblaban, sangrantes las espaldas por los azotes; que se iban muriendo; que se iban acabando. Y le preocupaba también, hondamente, el recuerdo de doña Leonor y de sus hermanas pequeñas, cuyas alegres risas estarían apagadas —¡por su culpa, por cumplir con su deber!— en la amargura y la tristeza del hogar paterno.

Le escribe entonces a su madre con cariño inmenso; y el 28 de agosto de 1870, casi a los cinco meses de llevar cadenas, quiere darle ánimo con recados de tanta delicadeza como éste:

*Mírame, madre, y por tu amor no llores:
Si esclavo de mi edad y mis doctrinas
Tu mártir corazón llené de espinas,
Piensa que nacen entre espinas flores.*

EL opulento empresario catalán José María Sardá Gironella, de mucha influencia en la Capitanía General, arrendatario además de aquel infierno blanco que eran las canteras, consiguió el indulto de Martí. Se le trasladó entonces a La Cabaña y después a la Isla de Pinos, el 13 de octubre. Seis meses había pasado en el presidio de San Lázaro, y casi un año sin libertad, a partir del 21 de octubre de 1869, cuando él y

sus compañeros fueron detenidos y encerrados en la cárcel de La Habana.

Bajo la garantía personal del señor Sardá quedó recluso el prisionero. Lo aloja el catalán en su finca *El Abra*, en la citada Isla de Pinos, hasta su deportación a España el 15 de enero de 1871. Al atardecer de ese día levó anclas el vapor correo *Guipúzcoa*, con dirección a Cádiz. A bordo, bien vigilado, se encuentra José Martí.

Sobre cubierta va el joven rebelde, sin salud pero con fe; físicamente quebrantado, pero espiritualmente robustecido; sin más fortuna que unos pequeños ahorros de los suyos, pero con la riqueza de su talento privilegiado, con el tesoro inigualable de su hombría, que se ha forjado hasta la madurez. ¡Y apenas se acerca a los 18 años!

Humedecidos los ojos, ve Martí cómo se aleja el barco de la costa. ¡Cuántos recuerdos! Sus padres, sus hermanas, sus amigos, su maestro Mendive, que del exilio en España pudo escaparse a Nueva York. Al pensar en ellos le parece que no hay pasado, que sólo hay presente en cosas profundas del corazón. ¡Cómo siente que los lleva a todos dentro de sí mismo!

Y al conjuro de los seres queridos, de quienes lo han amado y estimado y en él han puesto su confianza, olvida lo que ha hecho, olvida incluso lo que ha tenido que sufrir, para centrar

su pensamiento en lo que hará, en lo que debe hacer.

¡ Enfrentarse a la vida para ganar el pan? No es problema que lo arredre. ¡ Ganar la independencia de su patria es lo que le preocupa! Para eso lleva, todavía en apuntes, “El presidio político en Cuba”. Lo publicará llegando a España. Y en mitad del océano cobra fuerza lo que dirá más adelante: “Por Cuba que sufre, hasta la última luz y hasta el último aliento”.

EN EL DESTIERRO DE ESPAÑA



A tenemos al cubanito en la capital del reino. Pocas semanas antes ha caído asesinado don Juan Prim, conde de Reus, el ilustre general español tan grato a Hispanoamérica, por su actitud inolvidable contra la invasión de México, que ya tenía preparada Napoleón III en 1862.

Comentarios van y comentarios vienen, además, porque Amadeo de Saboya, duque de Aosta, acaba de ocupar el trono de los Austrias y de los Borbones. Desde la caída de Isabel II en 1868 —mismo año del Grito de Yara—, no tenían los monárquicos a quién ponerle la corona. Hasta que después de largas negociaciones encontró testa para ella, en la persona de otro príncipe extranjero, la regencia accidentada del general Serrano.

Se relaciona el joven rebelde José Martí. Procura aclimatarse. Se aloja en posada humil-

de. Para comer, al menos, da clases a los menores de la familia Alvarez Torrijos. No está bien de salud. ¡La úlcera que le dejó el presidio! ¡Las huellas de latigazos en la espalda! Pero ríe con el ingenio, las bromas, los epigramas, la frivolidad alegre y contagiosa de Madrid.

Cuchufletas sobre el monarca importado, a quien los desafectos al régimen comparan con el intruso José Bonaparte. Cuchufletas acerca de *la Borbona*, radicada y haciendo de las suyas en París. Rumores sobre quién mandó matar a Prim. Zumba implacable para el que ha sido jefe de la regencia: para este general don Francisco Serrano y Domínguez, conde de San Antonio y duque de la Torre, ayer liberal, luego moderado, hoy saboyano, a quien todos apodan *el Judas de Arjonilla*.

Nuestro sensitivo José Julián empieza a conocer el verdadero espíritu español. ¡Esta España no es la misma que atormenta y mata en Cuba! Visita el Ateneo y otros centros de cultura. Se pasa horas enteras en el Museo del Prado. Admira los mejores cuadros de Velázquez, El Greco, Zurbarán, Goya y otros maestros de la pintura verdadera, que no necesita explicaciones para ser interpretada. Se detiene ante *La maja desnuda*, y le parece más, mucho más interesante que *La maja vestida*. Escribe sus impresiones sobre arte y temas literarios, pero

no olvida sus cuartillas para “El presidio político en Cuba”.

Lo animan varios compañeros de la Universidad Central, en la que ha podido matricularse para que no sigan interrumpidos sus estudios. Figura entre los universitarios un nuevo amigo y compatriota, de origen francés, Carlos Sauvaille, quien le ofrece cuanto sea necesario para que se pueda imprimir y distribuir aquel trabajo. El y otros estudiantes lo han leído con delectación, y ya la muchachada liberal, que sueña también con la República, le ha dado el visto bueno.

BIEN puede sentirse, y se siente satisfecho, nuestro José Martí. Ha estado enfermo, ciertamente, Ha tenido que enfrentarse a la pobreza. El crudo invierno de Madrid y el viento glacial del Guadarrama, por otra parte, le han hecho tiritar y deprimirse, con la misma nostalgia de Cuba y del Caribe que habían sentido en Valencia doña Leonor y don Mariano.

Pero nuevas clases particulares a niños de “familias bien”, que le ha conseguido la guapa viuda doña Barbarita Echeverría, han mejorado su situación para ir pasando. Con el alivio de mejores ingresos entró, también, la primavera. Ha salido el sol; ha cambiado el clima; los jardines están llenos de flores. ¡Y desde hace algunas semanas circula y se comenta su folleto!

Adhesiones de la emigración cubana. Sim-

patía en los círculos más avanzados del país. Estimación y afecto para el valeroso estudiante de encendida prosa. Aunque pálido y endeble se le ve animoso al joven, sacando fuerzas de flaqueza para seguir adelante su cruzada. Y cobrará ímpetu mayor el esfuerzo de Martí, al recibir noticia de que en La Habana han sido fusilados, el 27 de noviembre de 1871, ocho estudiantes de medicina. Treinta y cinco muchachos más han sido condenados a presidio.

“¡Hay que hacer algo!”, le dirá Martí a Sauvalle. Y se ponen los dos en movimiento; hablan con periodistas amigos; acuden a las redacciones de los diarios, consiguiendo al fin que la prensa liberal inicie una campaña memorable. ¡Hasta las Cortes llega la protesta! Se ordena entonces una investigación, y se resuelve que sean puestos en libertad los detenidos. Entre ellos figuraba Fermín Valdés Domínguez, quien milagrosamente había escapado de que lo pasaran por las armas.

RESPECTO a esta terrible inmolación de estudiantes, “lo que más encolerizaba y dolía —palabras de Raúl Roa en el Teatro Principal de Camagüey, 27 de noviembre de 1943—, era la inocencia y el candor de las víctimas, casi adolescentes; pero, al mismo tiempo, renovaba el coraje y movía a orgullo fiero la manera airosa con que se encararon a las balas

asesinas, el estilo de héroes y la dignidad de mártires que asumieron frente al paredón de fusilamiento...”.

“...Morían como insurrectos, como mambises, como laborantes, como cubanos. Morían como suelen morir los creadores de pueblos: el último aliento convertido en simiente de vida”.

“¡Póstrense de hinojos en la tierra, tiemblen de remordimiento, giman de pavor los que en aquel tremendo día ayudaron a matar! Así terminaba una proclama que escribió Martí, y que fué repartida en hoja suelta en la propia capital de la metrópoli, al cumplirse el primer aniversario del asesinato. Y con la proclama su oda desafiante: “A mis hermanos muertos el 27 de noviembre”, de la que entresaca Rafael Estenger el verso famoso: “¡Cuando se llora como yo, se jura!”

Grito de protesta, reto a las autoridades, sordas, ciegas, torpes, que seguían empleando el terror contra la dignidad cubana. Pero a los que alzaban su voz en Madrid o en las provincias, nadie los amenazaba ni los perseguía.

¡Tiempos aquéllos, siquiera en lo interior, tan diferentes de la época fernandina o de la moderna hispanidad franquista, que a falta de colonos en ultramar, para humillarlos y escarnecerlos, ha hecho de la misma España un enorme campo de concentración!

Era el buen paréntesis de Amadeo de Sabo-

ya, sin plumas de Mussolini; sin aviones de Hitler; sin empréstitos de potencias llamadas democráticas; sin Falanges ni moros en su guardia; sin el piadoso amor de Franco por los sistemas purificadores del cadalso y de la Inquisición.

SIN duda que Valdés Domínguez anduvo de por medio en lo de repartir proclamas, y en lo de pegarlas en muros bien situados. Porque ya está Fermín en Madrid. Salvado del presidio, lo embarcaron también a España. Y en España lo tenemos desde julio de 1872, cooperando en toda forma con su entrañable amigo y compañero de la infancia.

Se reúnen con los emigrados, asisten a diversas tertulias, concurren a logias masónicas, suman voluntades. Decididos, esperanzados, aprovechan la abdicación de Amadeo y la instauración de la República, en febrero de 1873, para dar una nueva batalla por la liberación de Cuba. Circula a la sazón otro folleto de Martí, "La República española ante la Revolución cubana", con argumentos irrefutables. Pero el nuevo gobierno demuestra la misma incomprensión que los monárquicos.

Ni el primer Presidente don Estanislao Figueras; ni la noble figura de Pi y Margall; ni don Nicolás Salmerón; ni don Emilio Castelar; ni el Ministerio-regencia presidido por Cá-

novas del Castillo mientras se tambaleaba el régimen republicano, en diciembre de 1874 —al compás de la gran tizona de Martínez Campos—, han querido darse cuenta de la realidad en sus últimas colonias.

Cuando se derrumbó la República ya Martí se había graduado, precipitadamente, en la Universidad de Zaragoza. Allí estuvo con Valdés Domínguez, desde mayo de 1873 hasta noviembre de 1874, estudiando con ahinco para recuperar, a orillas del Ebro, el tiempo que en más de dos años de agitación apenas pudo dedicar a las aulas en Madrid.

Esa agitación; su salud siempre precaria; el pensamiento puesto en Cuba y un perturbador idilio que su propia conciencia le reprochaba —después lo pintará en su drama “Adúltera”—, lo habían hecho decaer como estudiante en 1872. Sólo aprobó dos materias, en otras dispuso no presentar examen y lo suspendieron en Economía Política.

La pena de verse reprobado; el desengaño que le produjo la República; la convicción de que era inútil pedir lo que sólo a fuerza se podía lograr; y el cumplir 20 años sin esperanzas de título académico, sin nada en firme para que lo tomaran en cuenta Carlos Manuel de Céspedes, Ignacio Agramonte, Bartolomé Masó, Cisneros Betancourt, Máximo Gómez, Calixto García, Antonio Maceo y demás grandes líderes en

armas, de uno al otro extremo de su lejana patria; toda esa inquietud febril, enervante, agotadora, de un predestinado en el exilio, hicieron que él y Fermín tomaran la decisión del traslado a Zaragoza.

Quería sincerarse Martí con sus amigos; no dar pábulo a que murmurasen de él sus adversarios. Y lo que no pudo hacer en la capital de la Península, logró realizarlo plenamente en el antiguo reino de Aragón. Asignatura tras asignatura, hasta completar el bachillerato. Licenciado en Derecho Civil y Canónico. Licenciado en Filosofía y Letras. ¡Todo en diecisiete meses! Y a continuación, con sus diplomas enrollados, ¡acercarse a Cuba!

MEXICO es lo más cercano de su patria en la tierra firme: a golfo de por medio. Allí lo esperan sus padres y sus hermanas. ¡México! ¿Acaso no se fundó en aquel país la Junta Protectora de la Libertad de Cuba y Puerto Rico? ¿Y no vivió José María de Heredia al lado de Guadalupe Victoria, después de la conspiración cubana de "Los rayos y soles de Bolívar"? ¿Y no fué su paisano Pedro Santacilia secretario de don Benito Juárez? ¿Y no encontraron tantos otros cubanos ilustres, a falta de patria libre, comprensión y simpatía en la hospitalaria tierra mexicana?

Desgarrado sale Martí de Zaragoza. Calor

de hogar, afectos inolvidables encontraron él y su amigo Fermín en la vetusta ciudad aragonesa. ¡El pintor Gonzalvo! ¡Sus compañeros que lo despiden emocionados! ¡Y el adiós tembloroso a Blanquita Montalvo, la “maña” rubia y bella, amor imposible porque el deber lo llama al otro lado del mar!

*Para Aragón, en España,
Tengo yo en mi corazón
Un lugar todo Aragón,
Franco, fiero, fiel, sin saña.*

*Si quiere un tonto saber
Por qué lo tengo, le digo
Que allí tuve un buen amigo,
Que allí quise a una mujer.*

Pocos días se detendrán los dos compañeros en Madrid. Cafés, tertulias, bulliciosos comentarios. Otra vez ríe José Julián, y le hace coro Fermín, con las cuchufletas, el ingenio, los epigramas, la frivolidad alegre y contagiosa de los madrileños. ¡Martínez Campos será peor que el general Serrano! Y es que don Arsenio prepara la vuelta al trono de un nuevo Borbón: Alfonso XII, hijo de Isabel II.

¡La vieja dinastía que en 1879 será una sola con los Habsburgos, por las segundas nupcias del monarca con María Cristina de Austria, en

cuyas manos perdió al fin España lo que aún le quedaba de imperio colonial!

Como Martí no puede embarcarse sin peligro en puertos españoles, Valdés Domínguez decide invitarlo y acompañarlo a Francia, respaldándolo en toda forma, con la esplendidez de un hermano acomodado. ¡En París celebrarán la Navidad de 1874! Y el 8 de febrero de 1875, después de visitar museos, admirar obras de arte, hablar con Víctor Hugo, practicar francés y tomar muchos apuntes, desembarca en Veracruz José Martí.

DOS AÑOS EN MEXICO

MEXICO será una doble revelación para el cubano insigne. La revelación fundamental de su América, de la América independiente que no había conocido, con sus gobiernos buenos o malos, pero propios. Y la revelación de la extraordinaria geografía que ha podido admirar, en su ascenso al altiplano, conforme bordea el ferrocarril las Cumbres de Maltrata.

“El contemplar tanta grandeza —escribe— me hizo un bien inapreciable. El hombre se hace inmenso contemplando la inmensidad y la belleza, y siente como que algo se le cae dentro del pecho y se arrodilla”.

De luto lo reciben en la estación sus familiares. Pocos días antes ha muerto Ana, la hermana menor, la preferida.

Le explica don Mariano con cuántas ilusiones lo esperaba; pero no pudo resistir la altura. “No quiero irme —decía— sin ver a Pepe”. ¡Y

ya le fallaba el corazón —18 años de corazón—, y se quedó dormida!

En las pestañas del viejo celador de policía tiembla una lágrima. Lo abraza José Julián y cambia de conversación. A las preguntas del recién llegado responde el padre:

—Vamos tirando, hijo, vamos tirando. Tengo un contrato para suplir de uniformes al Ejército. ¡Es un ángel tu madre! ¡Cómo trabaja! ¡Cómo me ayuda! La casita que habitamos en las calles de la Moneda te parecerá un taller. Pero todo limpio. Todo en orden. No, no podemos quejarnos sin tentar a Dios.

En esa casita de la Moneda, junto con su madre y sus hermanas, para conocerlo y saludarlo, esperan al joven Martí algunas de las amistades que ha hecho la familia. Sus compatriotas Pedro Santacilia y Antenor Lezcáno, que se saben de memoria “El presidio político en Cuba”. Y con ellos Manuel A. Mercado, cuyo afecto por Martí, como amigo y confidente, será uno de los más arraigados que tuvo el prócer en los veinte años, en los cuatro lustros tormentosos que le quedaban de vida.

Pocos días han transcurrido, y gracias a Mercado ya tiene Martí algún trabajo en “El Federalista”. Ingresó después en la “Revista Universal”: escribe gacetillas, corrige pruebas, sube a redactor, colabora en la página editorial con el pseudónimo de Orestes. Pero,

sobre todo, gana simpatías y afectos perdurables en el brillante círculo intelectual de la ciudad de los palacios.

¿Sus amigos? Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez o *El Nigromante*, Manuel Ocaranza, Francisco Sosa, Manuel Payno, Gabino Barreda, Ignacio M. Altamirano, José Peón Contreras, Gustavo Baz, Juan de Dios Peza, Manuel Gutiérrez Nájera, Justo Sierra, lo mejor y más selecto del arte, de la literatura, del pensamiento mexicano en aquella época. Se reúnen en diversos sitios. Y alguna vez en las calles de San Ildefonso, a donde se han pasado los Martí.

Ingresa como miembro activo en varios organismos culturales. Frecuenta las logias masónicas. Acude a conferencias y a tertulias. Discute, lo oyen, lo rebaten, pero siempre con estimación y con cariño. Polemiza en el Liceo Hidalgo. Y sin pedir ni esperar nada del Gobierno —por su respeto a la dignidad humana, casi sin conocerlo—, admira y defiende, de palabra y por escrito, al Presidente don Sebastián Lerdo de Tejada.

Va en esa forma y en ese ambiente ahondando a México, impregnándose de México, sintiéndose cada vez más mexicano. Es decir, más hispanoamericano. Y más apasionado por la independencia, por la libertad de Cuba, de tal modo que su patria no siga siendo colonia, ni

tenga esclavos, y pueda por fin agregarse al concierto triunfal de las repúblicas americanas.

AL hablar de independencia, recordará siempre con entusiasmo la epopeya de México, iniciada con el Grito de Dolores en 1810. ¡Cómo le impresiona la figura de don Miguel Hidalgo, cien años mayor que él! ¡Cómo soñará, cómo sentirá el anhelo de ser algún día semejante a Hidalgo; de tocar otra vez, allá en su Isla, como lo hizo Céspedes en La Demajagua, la campana de la libertad; de dar su sangre, “y que después hagan de él lo que quieran”, para que termine al fin la esclavitud! ¡Y quién le hubiera dicho que en 1953 celebrarían dos centenarios la América Española: el suyo y el segundo de aquel extraordinario sacerdote, a quien dedicó páginas inolvidables!

“...Desde niño fué el cura Hidalgo de la raza buena... Vió maltratar a los indios, que son tan mansos y generosos, y se sentó entre ellos como un hermano viejo... El cura montó a caballo, con todo su pueblo... Entró triunfante en Celaya, con músicas y vivas. Al otro día juntó el Ayuntamiento, lo hicieron general y empezó un pueblo a nacer”.

¿Después? El sacrificio que tanta significación tenía para Martí, cuando ya vencido se retiraba don Miguel al norte, con Allende y otros jefes de la insurgencia:

“...Iban juntos buscando amparo en su derrota, cuando los españoles les cayeron encima. A Hidalgo le quitaron uno a uno, como para ofenderlo, los vestidos de sacerdote... Lo sacaron detrás de una tapia y le dispararon los tiros de muerte. Cayó vivo, revuelto en sangre, y en el suelo lo acabaron de matar. Le cortaron la cabeza y la colgaron en una jaula... Enterraron los cadáveres descabezados. ¡Pero México es libre!” (Pequeños extractos de la semblanza de Hidalgo, publicada por Martí en 1889, cuando vivía en Nueva York, pero gestada sin duda durante su permanencia en México.)

Igual admiración le infunde Juárez, “aquel indio egregio y soberano, que se sentará perpetuamente al lado de Bolívar, y en quien el alma humana tomó el temple y el brillo del bronce”. O este otro apunte: “¡Tabaquero, bandido fué el indio Juárez, que echó un imperio al mar, y supo desafiar la pobreza con honor, y reconquistó y aseguró la independencia de su tierra!”

Nunca decayó la fervorosa reverencia de Martí por el humilde zapoteca de Guelatao, apenas comparable a su devoción por Lincoln, el humilde leñador de Norteamérica. Sin embargo, en su célebre discurso del 19 de diciembre de 1889, ante los delegados de lo que habría de llamarse Panamericanismo, reunidos en Nueva York, no pudo menos que exclamar:

“...Pero por grande que esta tierra sea, y

por ungida que esté para los hombres libres la América en que nació Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tachárnoslo ni nos lo pueda tener a mal, es más grande, porque es la nuestra y porque ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez”.

Con sus palabras quería Martí evitar que los plenipotenciarios hispanoamericanos, tan dados a punibles complacencias por complejo de inferioridad, tomaran de pretexto al gran Presidente antiesclavista para cantar loas a su país, con fines que no eran los suyos ni los de Juárez, olvidando además los sufrimientos que ha padecido nuestra América.

PERO mientras vive y trabaja en su *Tenochtitlán*, impregnándose de México como se dijo antes, no sólo estudia Martí las costumbres y la evolución histórica del país; no sólo clama por el dolor de Cuba y por la guerra inacabable que la desangra, sino que se refiere también a otros muchos temas en sus crónicas y *boletines* de la “Revista Universal”. Por ejemplo:

Conocer muy bien, de preferencia, lo que atañe a 'nuestros países. Enseñanza obligatoria. Trabajo bien retribuído. Crearle necesidades a la masa indígena, porque “de la necesidad viene la aspiración, animadora de la vida”. Y “porque hasta que no se haga andar al indio, no comenzará a andar bien la América”.

¡Y las disciplinas que tocan al espíritu! Música, pintura, poesía, en la que el joven revolucionario se va destacando de tal manera que será uno de los precursores de la nueva escuela. Después de escuchar al violinista antillano White —anotaciones de Benjamín Jarnés y de José de J. Núñez y Domínguez—, hace una crónica que no le va en zaga a la maestría del aplaudido mago del violín. ¿Crónica? ¿Crítica? Aclara Martí: “No cabe crítica de los poetas, ni crónica de lo que conmueve nuestro ser”.

En sus artículos sobre la Exposición de Bellas Artes y la Academia de San Carlos, intuye el sitio destacado que tendrá en el mundo la pintura mexicana —“pulcritud en el dibujo, viveza de color”—, si los pintores deciden inspirarse en lo propio, en lo nacional, en “nuestros tipos y paisajes”. ¿No es cosa de videncia? Su punto de vista:

“...Todo anda y se transforma, y los cuadros de vírgenes pasaron... Hay grandeza y originalidad en nuestra Historia: haya vida original y potente en nuestra pintura...” Entonces nos harían ver los pintores “la luz de Ximantecat! y el dolor en el rostro de Cuauhtemotzín”; y “cómo se contraen los miembros de los que espiraban sobre la piedra de sacrificios”; y los movimientos de compasión y amargura en el rostro de doña Marina, “por el amor

invencible a Cortés y la lástima de sus míseros hermanos”.

Pensará de igual manera en relación con el arte de escribir: “México necesita una literatura mexicana... ¿Cómo quiere tener vida propia y altiva, el pueblo que paga y sufre la influencia de los decaimientos y desnudeces de la gastada vida ajena?”.

Más adelante, en Guatemala, escribirá una carta interesantísima a su paisano José Joaquín Palma, en la que considera que “dormir sobre Musset; apegarse a las alas de Víctor Hugo; herirse con el cilicio de Gustavo Bécquer; arrojarse en las cimas de Manfredo; abrazarse a las ninfas del Danubio; ser propio y querer ser ajeno; desdeñar el sol patrio, y calentarse al viejo sol de Europa... , vale tanto como apostatar. ¡Apostasías en literatura, que preparan muy flojamente los ánimos para las venideras y originales luchas de la patria. Así comprometemos sus destinos, torciéndola a ser copia de historia y cuerpos extraños!”

Dos citas más: “... ¿A qué leer a Homero en griego, cuando anda vivo, con la guitarra al hombro por el desierto americano?”... “O la literatura es cosa vacía de sentido, o es la expresión del pueblo que la crea. Los que se limitan a copiar el espíritu de los poetas de allende, ¿no ven que con eso reconocen que no tienen pa-

tria, ni espíritu propio. . . sombras de sí mismos, que de limosna andan vivos por la tierra?"

OPINA lo mismo acerca del teatro: "México tiene su vida: tenga su teatro. . . ¿Por qué en la tierra nueva americana se ha de vivir la vieja vida europea?" Y como desde niño con "Abdalá" y de adolescente con "Adúltera" lo atraía la acción en el escenario, resuelve estrenar en el Teatro Principal su proverbio "Amor con amor se paga".

Es el 19 de diciembre de 1875. Está radiante José Martí. Desde su palco le sonrío jubilosa doña Leonor. A don Mariano se le mueve el bigote y se le atosiga la voz en la garganta. Exito clamoroso del sutil sainete, y apogeo de un romance que se ha venido comentando: ¡El autor tiene puestos los ojos en la primera actriz Concha Padilla, y al calor de los aplausos arde lo que ya está en punto!

Se ha prendado también de la musa de poetas, letrados y artistas, Rosario de la Peña, como lo estuvo Manuel Acuña, como lo está el maduro don Ignacio Ramírez, como lo habrá de estar Manuel M. Flores. Pero se le apagan los amoríos con el amor de la que será su esposa, Carmen Zayas Bazán, cuyo padre cubano vive refugiado en México.

CASI dos años lleva de residir en el generoso ambiente del Anáhuac, querido, bien relacionado, con medios decorosos de vida, cuando triunfa el Plan de Tuxtepec y toma el poder don Porfirio Díaz, en noviembre de 1876.

Martí se siente mexicano. En sus *boletines* de la "Revista Universal", ha roto lanzas por el Presidente don Sebastián Lerdo de Tejada, quien no fué tirano, ni hombre de negocios en el poder, ni violó la libertad de sus compatriotas, por mucho que sus adversarios lo atacaran.

Podría quedarse el ya glorioso hispanoamericano en el país que le da hospitalidad, donde vive su novia, donde tiene amigos, trabajo, estimación.

¡Podría quedarse y no se queda! Sabe Martí que lo ahogará el caudillismo. Ya empiezan a llamarlo extranjero. ¡Y han surgido voces que lo injurian!

A su hermana Antonia, por otra parte, como sucedió con la menor, la perturba desde hace algunos meses el aire enrarecido del altiplano. ¡Y sus padres no pierden la ilusión de regresar a Cuba!

Todo lo ha pensado Martí. Lo ha discutido con los suyos, con Juan de Dios Peza, con Manuel Mercado, con Gutiérrez Nájera: las ventajas y los inconvenientes de su viaje; el riesgo que corre al llegar a La Habana; el desgarrar-

miento que le ha de producir su salida de México.

Se decide, sin embargo, adelantándose a sus familiares. Irá con pasaporte a medias supuesto, a medias verdadero: su segundo nombre y su segundo apellido: Julián Pérez. Y ya resuelto, sobreponiéndose a la tristeza que lo domina, toma el tren hacia Veracruz el 29 de diciembre de 1876.

SALIO Martí de México, pero ya nunca más podría salir México del alma de Martí. Cuando en el extranjero ataquen a la nación mexicana, será el primero en defenderla. Y cuando más adelante, en la desesperación de su cruzada por libertar, por salvar a Cuba y a las Antillas, tenga que dolerse por la actitud de gobiernos timoratos o de intelectuales interesados, a quienes adula “su vieja dueña España con literaturas y cintas... o bajo cubierta de academias felinas y antologías de pelucón”; cuando observe que personajes hispanoamericanos, “estatuas de ceguedad”, se alzan de hombros o simpatizan con la monarquía española, sin darse cuenta del peligro que a todos nos rodea, señalará siempre, con fe y con esperanza, a México y a Juárez: “No nos compunge andar un poco solos, en lo que se ve, sabiendo, como sabemos, que nuestro ejército está debajo de la tierra, y saldrá a su hora, y bajará del cielo, pronto y bien armado;

ni para consolarnos tenemos más que mirar al pueblo amigo de México, que es el que nos queda más cerca, donde anduvo de fuga el indio Juárez con sus treinta locos, que llamaron luego “inmaculados”, de fuga por los montes, con un imperio a la espalda y una república rapaz al frente. . . Y la nación del indio fugitivo es hoy cortejada, como sagaz y como libre, como intelectual y como industrial, por los pueblos poderosos de la tierra. . . ¡Levanten el ánimo los que lo tengan cobarde!: con treinta hombres se puede hacer un pueblo”.

Y dejará constancia, en estas palabras emocionadas, de su amor al país hermano que le dió hospitalidad y le hizo abrir los ojos hacia el pasado y el futuro de nuestra América española:

“¡Oh México querido! ¡Oh México adorado, ve los peligros que te cercan! ¡Oye el clamor de un hijo tuyo, que no nació de ti! Por el Norte un vecino avieso se cuaja. Tú te ordenarás; tú entenderás; tú te guiarás; yo habré muerto, oh México, por defenderte y amarte; pero si tus manos flaqueasen, y no fueras digno de tu deber continental, yo lloraría debajo de la tierra, con lágrimas que serían luego vetas de hierro para lanzas, como un hijo, clavado a su ataúd, que ve que un gusano le come a la madre las entrañas”.

GUATEMALA-CUBA-OTRA VEZ ESPAÑA

DESPUES de esperar y abrazar a sus amigos de Veracruz, en donde recibe el año nuevo con la natural amargura de encontrarse lejos de los suyos, embarca Martí en *El Ebro*, el 2 de enero de 1877. El 6 lo tenemos ya en La Habana, sin que el nombre de Julián Pérez despierte en las autoridades la menor sospecha.

Sólo siete semanas permanece en su patria, poniéndose en contacto con viejos amigos, arreglando el traslado de su familia, palpando en la propia Isla cómo agoniza la *guerra grande*. ¡Nada hay que hacer! Está exangüe el país, solo en la pelea, con ciudades y regiones enteras arrasadas, en donde no queda vestigio de población masculina.

Ha sido tan pavorosa la cantidad de víctimas, de una y otra parte, que en la propia España se escuchan sordos rumores de protesta, de indignación contra el Gobierno, porque han

perdido la vida más de cien mil soldados. Habrá que multiplicar la cifra varias veces, para tener idea de la matanza de cubanos, entre ellos muchos millares de negros esclavos, que se lanzaron de lleno a la guerra por su libertad.

Libres los había declarado el régimen de la República, establecido en la villa de Guaimaro en abril de 1869, con Carlos Manuel de Céspedes como Presidente, electo allí mismo por la Asamblea Nacional.

La abolición de la esclavitud y la República, desgraciadamente, no habían podido consolidarse, debilitadas con la muerte del prócer. En las montañas de San Lorenzo, al cabo de seis años de epopeya, cayó como un valiente el inmortal De Céspedes. Con las armas en la mano, desde octubre de 1868 hasta octubre de 1874, lo vió y lo siguió el pueblo de Cuba; lo vieron y lo siguieron los libertos, que por él y por tener patria se enfrentaban a los españoles.

Antes que Céspedes había también rendido su tributo a Cuba, muerto en batalla, el dechado de lealtad y heroísmo que se llamó Ignacio Agramonte. Y muchos de los más valerosos dirigentes de la gran revolución. Y centenares de cabecillas rebeldes, aprehendidos por las autoridades militares y condenados, inmisericordemente, a la pena capital.

¡De momento —lo estaba comprobando el futuro libertador—, nada había que hacer!

Arreglada la situación de sus padres, no quedaba más camino que volver al destierro. Guatemala era en esos años un refugio. Allí estaba en su apogeo el movimiento de reforma, iniciado en 1871 por los caudillos liberales Miguel García Granados y Justo Rufino Barrios.

Ya el señor Valdés Domínguez le había escrito a México, ofreciéndole a Martí su ayuda y haciéndole ver las posibilidades que encontraría en el medio guatemalteco, donde trabajaban con desahogo, y eran tratados con respeto y con cariño, varios cubanos del agonizante régimen que se forjó al calor del Grito de Yara.

Con el respaldo del padre de Fermín —quien además era amigo personal del Presidente Barrios—, con sus cartas de recomendación y las de otros amigos, arregla Martí su pequeño equipaje. Y el 24 de febrero del 77, en el *City of Havana*, se aleja otra vez de su patria con dirección a la tierra del quetzal.

LARGO viaje, lleno de interés para un estudioso y sagaz observador como Martí: de nuevo Veracruz, Progreso, oportunidad de visitar Mérida y pasarse unos días con sus amistades yucatecas. Isla de Mujeres, Belice, Livingston. Por donde pasa pregunta, admira, toma notas, que serán después bellos trabajos.

En abril ha llegado a Guatemala. Su compatriota revolucionario, el distinguido bayamés

don José María de Izaguirre, lo recibe con efusión. ¿Qué mejores credenciales que “El presidio político en Cuba”? Dirige Izaguirre la Escuela Normal Central, y en sus aulas encuentra Martí sitio adecuado, previo nombramiento del Ejecutivo, como catedrático de Literaturas Extranjeras y de Historia de la Filosofía.

Igual que en México, pronto se hace de afectos imperecederos. Lo traen, lo llevan, lo hacen vicepresidente de la sociedad literaria *El Porvenir*, pronuncia discursos emocionantes, escribe en los periódicos.

Apenas se estará quitando el polvo del camino, y ya el diario “El Progreso” ofrece publicar “un notable estudio sobre los códigos nuevos, escrito por el joven e ilustrado abogado cubano don José Martí. . . Llegado recientemente a Guatemala, muestra actividad extraordinaria al emitir juicio completo de los códigos, desconocidos para él hace poco, y estudiados ya y comparados en su esencia y en su forma, y en manera tan escogida que nada deja que desear”.

En la misma edición, correspondiente al 22 de abril de 1877, reproduce aquel periódico la carta que con su estudio envió Martí a don Joaquín Macal, Ministro de Relaciones Exteriores. Párrafos esenciales:

“Mi respetable amigo: ¿Quería usted saber qué pensaba yo del Código nuevo, y ver algo de lo que dicen que yo he escrito? ¿Por qué me

pide usted nada de lo pasado? La vida debe ser diaria, movable, útil; y el primer deber de un hombre de estos días es ser un hombre de su tiempo. No aplicar teorías ajenas, sino descubrir las propias.

“...Si de algo serví antes de ahora, ya no me acuerdo: lo que yo quiero es servir más.

“...Llego a Guatemala y la encuentro robusta y próspera, mostrándome en sus manos orgullosas el libro de sus Códigos; lo tomo, lo leo ansioso, me entusiasman su sencillez y su osadía.

“...Vengo a comunicar lo poco que sé, y a aprender mucho que no sé todavía. Vengo a ahogar mi dolor por no estar luchando en los campos de mi patria, en los consuelos de un trabajo honrado y en las preparaciones para un combate vigoroso.

“...Por sistema me tengo vedada la ingerencia en la política activa de los países en que vivo. Hay una gran política universal, y esa sí es la mía, y la haré: la de las nuevas doctrinas”.

LO mismo que en la noble tierra del Anáhuac, se está impregnando Martí de Guatemala. Visita y describe distintas regiones del país: Amatitlán, San José, la Antigua, Quezaltenango, Salamá; habla con los indios; cambia impresiones con gentes entendidas en café, caña, sementeras, ganadería, arte, arquitectura; estudia y analiza la producción literaria del país:

Pepe Batres, García Goyena, Montúfar, José Milla, García Peláez, Lainfiesta; otros intelectuales y poetas están en sus apuntes, al lado de pintores, músicos y escultores de valía. ¡Y el clima! ¡Y el cielo azul! ¡Y un nuevo amor que empieza a comentarse en los círculos sociales!

Porque también hace vida de sociedad José Martí, y frecuenta la casa señorial y acogedora de don Miguel García Granados. Nace allí su idilio, su romántico idilio con María, la hija más bella y más dulce del patricio, “la niña de Guatemala, la que se murió de amor”.

Lucha consigo mismo el antillano enamorado. ¿Acaso no está comprometido en México? Dos nombres y dos figuras acariciadoras le dan vuelta en la cabeza: ¡Carmen Zayas Bazán! ¡María García Granados! ¿No proclama él mismo que debe cumplirse la palabra empeñada?

Se retira Martí de las tertulias sociales del prócer guatemalteco. Se advierte su ausencia. Se le llama una tarde. “Alguien lo ha ofendido?” “¿No es como de la familia?” “¿No es amigo de la casa?” Y como respuesta le escribe entonces a María en su álbum, no en nombre del amor sino de la amistad:

*A ti va alegre mi canción de hermano.
 ¡Cuán otro el canto fuera,
 Si en hebras de tu trenza se tañera!*

TERMINA el año 1877, y ha llegado otra vez a la capital de México José Martí. Ha hecho el viaje desde Guatemala, para contraer matrimonio con Carmen Zayas Bazán. Ausentes ya sus familiares, hacen los arreglos de la boda Manuel Mercado, sus demás padrinos y un grupo selecto de sus amistades.

En el Sagrario Metropolitano tiene lugar la ceremonia, el 20 de diciembre. Y en enero de 1878 ya está la joven pareja en Guatemala, y está de nuevo en sus cátedras José Martí. ¡Será por muy poco tiempo!

Justo Rufino Barrios, a quien lo salva ante la Historia el haber dado su vida por la unión de Centroamérica, se ha ido convirtiendo en dictador de Guatemala. El maestro Izaguirre ha tenido dificultades con el Gobierno, y desde arriba se le ha obligado a renunciar la Dirección de la Normal.

Martí, sin otros medios de vida que sus clases, con su mujer encinta, con buenas relaciones aunque no le faltaran también sus adversarios, bien podía quedarse en el colegio, bien podía quedarse en Guatemala. Pero frente al caudillismo, frente a la dictadura, no puede titubear.

Envía su renuncia al Presidente, y sale de Guatemala el joven matrimonio el 6 de julio, dirigiéndose a Cuba por la vía de Honduras. A Cuba, porque desde el 19 de febrero de 1878 se ha firmado el Pacto del Zanjón y se ha ofreci-

do un indulto general. Y para que en el territorio de la gran Antilla les nazca a los Martí su primogénito.

¡Larga y penosa la jornada de Guatemala a Honduras! Varias semanas se detienen los viajeros en la república vecina. Embarcan por fin en el puerto de Trujillo, y llegan a la Habana el 3 de septiembre de 1878.

AL transcurrir de los años recordará Martí su permanencia en Guatemala, con gratitud y con cariño. No habrá de perdonarle su tiranía a Justo Rufino Barrios, ni la falta de humanidad con que “hacía caer apaleados a los sospechosos”. Pero nunca confundirá a la nación guatemalteca con los falsos revolucionarios, por cuya culpa languideció y se corrompió el movimiento de reforma. He aquí unos párrafos de la portada a su folleto “Guatemala”, síntesis del sentimiento de Martí por la tierra del quetzal:

“...Yo llegué, meses hace, a un pueblo hermoso; llegué pobre, desconocido, fiero y triste. Sin perturbar mi decoro, sin doblegar mi fiereza, el pueblo aquél, sincero y generoso, ha dado abrigo al peregrino humilde. Lo hizo maestro, que es hacerlo creador. Me ha tendido la mano y yo la estrecho. Me da trabajo que es fortaleza, casa para mi esposa, cuna para mis hijos. Diré con mi palabra agradecida cuánto es bella, y fraternal, y próspera la tierra guatemalteca,

donde el trabajo es hábito, naturaleza la virtud, tradición el cariño, azul el cielo, fértil la tierra, hermosa la mujer y bueno el hombre”.

Pero, sobre todo, dejó Martí a la posteridad el mejor homenaje, la más pura ofrenda de un poeta, que ilumina con sus versos a la tierra en que amó y fué bien querido; su ofrenda al romántico amor de una mujer que cerró los ojos al perderlo. Basten, como modelo, cuatro estrofas:

*Quiero, a la sombra de un ala,
contar este cuento en flor:
la niña de Guatemala,
la que se murió de amor.*

*Iban cargándola en andas
obispos y embajadores:
detrás iba el pueblo en tandas,
todo cargado de flores.*

*Como de bronce candente
al beso de despedida
era su frente — ¡la frente
que más he amado en mi vida!*

*Se entró de tarde en el río,
la sacó muerta el doctor:
dicen que murió de frío:
yo sé que murió de amor.*

DOS meses después de su repatriación, el 12 de noviembre de 1878, radicados en La Habana, les nace el hijo a los Martí: José Francisco. ¡El único hijo de un matrimonio que pudo ser feliz si la independencia de Cuba no hubiera estado de por medio! ¿Se quedará tranquilo en Cuba José Martí?

Ya vimos que el Pacto del Zanjón, firmado el 19 de febrero anterior, dió fin a la *guerra grande* y ha servido para evitar las represalias que se temían contra los patriotas. Martí podría desenvolverse en su país, tomar algunas cátedras en la Universidad, ejercer su profesión de abogado. Eso esperan sus padres, y lo desea su mujer ardientemente, y no es otro el criterio de sus parientes políticos.

De acuerdo con el pensamiento unánime de sus seres más queridos, trabaja entonces, nuestro gran Martí, en el bufete del licenciado don Miguel F. Viondi. Pasan los días, las semanas, los meses, y está el apóstol litigando, haciendo escrituras, revisando legajos. Mas conforme se le va el tiempo, le arde la sangre; y pronuncia discursos "literarios" de fondo peligroso; y su mujer le recuerda acongojada el peligro a que se expone y le señala al hijo.

Unos meses más, y ya lo tenemos conspirando. Juan Gualberto Gómez y otros revolucionarios serán sus compañeros. Advertidas las autoridades toman preso a Martí, el 17 de septiembre

de 1879, al año de su regreso. Y ocho días después, el 25, se le deporta en el vapor *Alfonso XII* con rumbo a Santander.

En Madrid atiende algunos asuntos jurídicos del licenciado Viondi; habla con diferentes funcionarios; se convence de que no hay esperanzas de comprensión para Cuba, y sale como puede de la Península hasta llegar a Francia. En París hablarán con él muchos cubanos durante los últimos días de 1879.

NUEVA YORK-VENEZUELA-NUEVA YORK



ahora, ¿hacia dónde? ¿Hacia dónde, cerca de Cuba? Ni pensar ya en México. Ni pensar en Guatemala. Sueña con Venezuela, la patria del Libertador; pero allí la situación anda revuelta, y no podría ganarse la vida decorosamente. Además, debe reunirse con su esposa y con su hijo en lugar seguro.

Es entonces cuando resuelve el viaje a los Estados Unidos, el país de la libertad que abre sus puertas y le brinda amparo al inmigrante, al hombre de ambición y de trabajo.

Entre gentes extrañas, en alta mar, pasará el año nuevo. Y el 3 de enero de 1880 desembarca en Nueva York, la Babilonia de cemento y hierro, en donde podrá ganarse el pan e iniciar sus grandes campañas por la libertad de Cuba.

Palmo a palmo le hará frente a sus necesidades: artículos en la revista "The Hour", y no precisamente en castellano sino en inglés, con

todo el trabajo que significa escribir en un idioma extranjero; crónicas para el diario "The Sun", clases, traducciones.

No olvida lo suyo. Se ha puesto en comunicación con emigrados cubanos. Ha tenido con ellos varias juntas. Ha dado una conferencia en el Steck Hall y se preparan otras. Sin embargo, está pegado a la tarea, trabajando en lo cotidiano, produciendo, porque es triple el conflicto moral y económico de este varón predestinado: su esposa y su hijo, a quienes insiste en tener a la par suya; su madre y su padre, enfermo y achacoso don Mariano, quien no ha salido de pobre; y su propia, aunque modesta subsistencia, en la enorme y bulliciosa ciudad de subterráneos y de rascacielos.

Ciertamente que Martí ha encontrado en Nueva York una pensión de hispanoamericanos, en donde todos lo aprecian, y lo animan, y en donde la dueña de la casa, doña Carmita Miyares de Mantilla le da calor de hogar, lo admira y lo comprende. Mas esto es grave para él. Martí es hombre de afectos, dado a la ternura, amigo del hogar: "Fuera del hogar legal y normal, no hay nada".

Nuevo conflicto se le avecina. ¡Nuevo conflicto, que en el resto de su vida será el amor hondo y sincero de una gran mujer, de la otra Carmen, compañera, amiga, animadora sin

igual del prócer en su íntimo dolor, en su destierro, en su doble y lacerante amargura!

SE preocupa, medita, escribe varias cartas a su esposa, pidiéndole que con su hijito se le reúna en Nueva York. El licenciado Viondi suplirá lo necesario. Pero ella, dama irreprochable de alta sociedad, no se decide, titubea, quiere más bien que su marido regrese a Cuba. “Si se retira de la política, será el abogado de mayor clientela”. Insiste Martí, hasta que a la postre, en marzo, la señora y el hijo llegan a la gran ciudad.

¿Ha fracasado la reconciliación? Martí sigue dando conferencias; se ha unido con el veterano general Calixto García, quien no estuvo de acuerdo con el Pacto del Zanjón; están los dos organizando a los refugiados y han establecido una junta revolucionaria.

Así no entiende la esposa el cumplimiento del deber, agotándose su marido, entregándose a lo que nada le produce, cerrándose además las posibilidades de establecerse en Cuba, en donde volverán a perseguirlo las autoridades. ¡Y a vivir con sus padres regresa doña Carmen Zayas Bazán de Martí, a la Habana, en noviembre de ese mismo año!

Cuando se le va su mujer, ha fracasado la insurrección del general García —*la guerra chiquita* de 1880—, que con relativa facilidad

debelaron en la Isla las fuerzas españolas. Los ánimos están decaídos después de tanta sangre. Hay que esperar, hacer una tregua para el golpe final, usar la pluma y el verbo, convencer. ¡Cuando todos estén convencidos, será fácil vencer!

Abandonado de su esposa; con la nostalgia del hijo ausente; y con su problema sentimental en la casa de huéspedes que lo alberga, no ve Martí mejor salida que alejarse de Nueva York.

Otra vez la inquietante pregunta: ¿Hacia dónde? Lo sigue obsesionando Venezuela, cuna de Bolívar. ¡Hacia Venezuela, entonces, hacia la patria del Libertador!

EN marzo de 1881 lo tenemos al fin en Caracas. Y antes de instalarse, tan pronto llega a la ciudad heroica, se dirige al monumento del más ilustre fundador de pueblos. Porque no hay duda, y así lo creen sus principales biógrafos, que el viajero a quien Martí se refiere en “La Edad de Oro” no es otro que Martí:

“Cuentan que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino cómo se iba adonde estaba la estatua de Bolívar. Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se

movía, como un padre cuando se le acerca un hijo”.

A las pocas semanas de encontrarse en “tierra propia”, da clases Martí en el colegio de don Guillermo Tell Villegas y en el de Santa María. Conmueve a la juventud con sus experiencias y sus enseñanzas. Visita y se hace contertulio del gran valor moral e intelectual que fué Cecilio Acosta, a la sazón gravemente quebrantado. Hace amistad, a la vera del enfermo, con los más destacados escritores y artistas del país. Colabora en “La Opinión Nacional”, dirigida por Fausto Teodoro de Aldrey. Y en la misma imprenta del periódico, en el mes de julio, empieza a publicar su “Revista Venezolana”.

SIN embargo, no habrá de permanecer más que cinco meses en Venezuela José Martí. Su admiración por Cecilio Acosta, adversario del Presidente y General don Antonio Guzmán Blanco; el cálido elogio que hizo de aquel incorruptible pensador, en el segundo y último número de su revista, con motivo del fallecimiento del poeta; y los discursos y las conferencias del cubano, hacen arrugar el ceño al dictador.

Puede quedarse; seguir publicando la revista; mantener sus cátedras; escribir en los periódicos, si se somete a ciertas condiciones. ¡Puede incluso seguir exaltando a Bolívar, y a Hidalgo,

y a San Martín, pero sin olvidar al General-Presidente don Antonio Guzmán Blanco!

La esquivez fué la respuesta de Martí, su contestación a la sutileza con que desde la altura le llegaban las insinuaciones. Y así como salió de México por el caudillismo, así como salió de Guatemala por ser alérgico a la dictadura, salió también de Venezuela, para no vivir bajo un régimen que no era el que deseaba para Cuba ni para las demás repúblicas de América.

De nuevo la pregunta: ¿Hacia dónde? Pien-
sa en La Habana, en su mujer y en su hijo, en
sus padres, en el licenciado Viondi, en los Valdés
Domínguez. Mas no da tiempo Guzmán Blanco
para titubear. “¿No vino acaso de Nueva
York?” —será su pregunta—. Y su decisión ro-
tunda: “¡A Nueva York!”

El *Claudius* está en La Guaira, en maniobras
para zarpar. Es el 28 de julio de 1881. Y sin
que pueda Martí despedirse de sus amistades,
precipitadamente, se le hace ir al puerto y se
le embarca en el navío, que habrá de conducirle,
otra vez, a la Babilonia en que “se vive a caba-
llo en una rueda”, y en que “los hombres no
mueren sino que se derrumban”.

NO pudo despedirse Martí de sus mejores
amigos venezolanos, pero dejó escritas pa-
ra Venezuela estas palabras, por medio del se-
ñor Aldrey, director de “La Opinión Nacional”:

“...Muy hidalgos corazones he sentido latir en esta tierra; vehementemente pago sus cariños; sus goces, me serán recreo; sus esperanzas, plácemes; sus penas, angustia; cuando se tienen los ojos fijos en lo alto, ni zarzas ni guijarros distraen al viajero en su camino; los ideales enérgicos y las consagraciones fervientes no se mermán en un ánimo sincero por las contrariedades de la vida...”

“...De América soy hijo: a ella me debo. Y de la América, a cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro, ésta es la cuna; ni hay para labios dulces copa amarga; ni el áspid muerde en pechos varoniles; ni de su cuna reniegan hijos fieles. Deme Venezuela en qué servirla; ella tiene en mí un hijo”.

Y siempre fué hijo Martí de Venezuela, a la que en diferentes escritos y en magníficas conferencias consideró como “la madre de nuestras repúblicas... con su bandera más limpia de sangre inocente, y más empapada de sangre gloriosa, que ninguna otra de las grandes banderas del mundo”.

EN la segunda semana del mes de agosto de 1881, procedente de Venezuela, atraca el *Claudius* en un muelle del Hudson. Desde entonces hasta el 31 de enero de 1895 —tres meses y medio antes de su muerte—, vivirá en Nueva York José Martí. Por segunda vez se ha insta-

lado en la heterogénea urbe norteamericana, que sólo habrá de dejar temporalmente, a partir de 1891, durante sus viajes rapidísimos como Delegado del Partido Revolucionario Cubano.

La residencia de Martí en España, en México, en Guatemala y en Venezuela; su conocimiento de los Estados Unidos; su experiencia de la vida, sus penalidades, la tragedia íntima de su hogar deshecho, le han dado visión, fortaleza y tolerancia para ser el gran iluminado.

Hará de Nueva York su centro de actividades. Desde allí mantendrá contacto con lo más valioso de América. Y al cabo de pocos años, por su extraordinaria fuerza moral, su preparación y su talento, tendremos que este hombre frágil, menudo, pálido, enfermizo, a quien consume un fuego interno, es el motor de la inmigración cubana, y de cuanto se relaciona con la independencia de su patria, o con la cultura y la libertad de Hispanoamérica.

Se gana el pan como puede. En la firma de importación y exportación Lyons & Company. En la casa editorial Appleton. Dando clases de español en una escuela superior nocturna, que dirige el irascible George White.

Y en medio de tanto batallar escribe, escribe sin descanso: para "La Opinión Nacional", de Caracas; para "El Partido Liberal", de

México; y de 1832 a 1891, durante nueve años, para "La Nación" de Buenos Aires, que lo nombra su corresponsal. Así asegura sus ingresos para lo indispensable y para los suyos, porque su mayor deseo es ayudarlos y tenerlos cerca.

Feliz se siente cuando le puede girar los pasajes a don Mariano, y llega el viejo de La Habana, y lo instala y lo cuida el hijo en su pequeño departamento de Brooklyn. Desde septiembre de 1883 hasta junio de 1884, en que su padre regresa a Cuba, todo fué cariño, amistad y confianza entre el viejo celador y su brillante primogénito. Enfermo y achacoso seguía el buen don Mariano, hasta rendir su jornada en 1886.

Quiso entonces Martí estar al lado de su madre viuda, y con él se fué doña Leonor a Brooklyn, en donde el apóstol la mimaba con su filial ternura. Y le abrió su corazón, y comprendió la madre, y vió el sufrimiento y las razones de su hijo, pero la noble dama no tuvo palabras de censura para ninguna de las dos Carmitas.

Seguirá trabajando Martí, no sólo para producir lo indispensable, sino también para respaldar lo que no produce sino fama y alegría interior: discursos, conferencias, ensayos. Y versos para su hijo, "Ismaelillo", libro que empezó a componer en Venezuela. Y más adelante sus "Versos Libres". Y de julio a octubre

de 1889 su admirable revista mensual para los niños, "La Edad de Oro" —escrita toda por él—, de la que sólo pudieron financiarse cuatro números. Y todavía, en 1891, la donosa limpidez de sus "Versos Sencillos".

SU prestigio se ha ido haciendo continental. Se leen y se comentan sus crónicas. Se reproducen sus artículos en numerosos periódicos. En la propia ciudad de Nueva York dirige el semanario "La América". La Asociación de la Prensa de Buenos Aires lo nombra su representante en Estados Unidos y el Canadá. En El Salvador lo hacen miembro correspondiente de la Academia de Ciencias y Bellas Artes.

A partir de 1887 organiza el culto del 10 de octubre, en conmemoración del Grito de Yara. El 19 de diciembre de 1889 pronuncia su sensacional discurso en la Sociedad Literaria, ante los delegados a la Conferencia Internacional Americana. Poco después es Cónsul del Uruguay, Cónsul de la Argentina, Cónsul del Paraguay.

Sin embargo, a pesar de esos nombramientos, no deja lo de Cuba: sigue dando conferencias, cohesionando a la inmigración, ganando voluntades, hasta que pone en movimiento a la Liga Patriótica Cubana, inaugurada el 22 de enero de 1890. Y ese mismo año, no obstante su labor revolucionaria, el gobierno uruguayo lo

designa como su delegado en la Conferencia Monetaria que se celebra en Washington.

Pero el débil organismo de Martí ya no resiste. Tiene que hacer un gran esfuerzo para cumplir tal cúmulo de obligaciones. ¡Y a su quebranto físico se agrega su gran pena moral! Ha hecho nuevos esfuerzos para reconstruir su hogar, para tener consigo a la mujer y al hijo, y en distintas épocas lo ha logrado. ¿Cómo iba a sospechar que el rompimiento definitivo se hiciera inevitable, precisamente cuando nada falta en la casa, cuando su situación es envidiable?

Honores, consulados, representaciones, son actividades en las que estará de acuerdo su mujer. ¡Pero volver a las andadas con la Liga Patriótica Cubana! ¡Y concurrir allí todas las noches, y dar clases y conferencias a los emigrados, y seguir agotándose, y echarse encima más responsabilidades, le parece a doña Carmen aberración o locura! Y sale para La Habana, una vez más, inopinadamente, y se lleva al niño, sin autorización ni conocimiento de Martí.

Siente el apóstol que se le acaba la vida. Varios días estará postrado en su lecho. Escribirá después a doña Leonor:

“Todayía no me siento con fuerzas para escribirle. No es nada; no es ninguna enfermedad; no es ningún peligro de muerte: la muerte no me mata. Caí unos días cuando la infamia

fué muy grande, pero me levanté. La gente me quiere y me ha ayudado a vivir... Mucho la necesito: mucho pienso en usted: nunca he pensado tanto en usted: nunca he deseado tanto tenerla aquí... Bueno: los tiempos son malos, pero su hijo es bueno... Nada más ahora: usted lo sabe todo..."

Y a un amigo: "Los pulmones se me quejan y el corazón salta más de lo que debe".

PERO reacciona el prócer, venciéndose a sí mismo: "Calzo las botas invisibles que de un tranco, como las del gigante del cuento, van del valle a la montaña".

Y con esas botas invisibles quiere darse prisa. Fundar el Partido Revolucionario Cubano. Organizar la guerra de independencia sin nuevas dilaciones. No olvida ciertas palabras del maestro Mendive: "La verdad, que es fuente inagotable de toda elocuencia, está más en los hechos que en las palabras".

Hemos llegado a 1891. Se van limando viejas asperezas. En 1884 habían ido a Nueva York los generales de *la guerra grande* Máximo Gómez, Antonio Maceo y Flor Crombet, dispuestos a lanzarse desde luego en una difícil aventura. Martí no estuvo de acuerdo con la hora inoportuna ni con los procedimientos. Se distanciaron; hubo amargas críticas para "el licenciado", para "el doctor", para "el poeta". Sin embargo,

al correr del tiempo comprendieron los militares que tenía razón Martí, y ahora se disponen a librar juntos la pelea.

El 10 de octubre de 1891 pronuncia el maestro su gran discurso en el Hardman Hall. Es el llamamiento a la guerra:

“Cuentan de un coronel que, en la hora fantástica de la alborada, venía a escape, sable en mano, sobre las filas de los invasores, cuando una bala de cañón le cercenó, como de un tajo, la cabeza. Ni el jinete cayó de su montura ni bajó su brazo el sable: ¡y se entró por los enemigos en espanto y en fuga, el coronel descabezado! Pues así somos nosotros, amigos de la humildad y del sacrificio. ¡Entrese nuestro caballo por el invasor, y espántelo y derrótelos, aunque no se les vea a los jefes la cabeza!”.

PROTESTA el Cónsul de España en Nueva York. ¿Cómo puede un funcionario consular decir impunemente lo que ha dicho el señor Martí? Renuncia entonces el apóstol sus consulados del Paraguay, del Uruguay y de Argentina. Renuncia la presidencia de la Sociedad Literaria Hispanoamericana. Renuncia a todo para iniciar la lucha.

A fines de noviembre está estremeciendo con su elocuencia a la inmigración de Cuba en Tampa. ¡Su discurso emocionante, el 26, en el Liceo Cubano! “Para Cuba que sufre, la primera pa-

labra. De altar se ha de tomar a Cuba, para ofrendarle nuestra vida, y no de pedestal para levantarnos sobre ella... Alcémonos para que algún día tengan tumba nuestros hijos. Y pongamos alrededor de la estrella, en la bandera nueva, esta fórmula del amor triunfante: "Con todos y para el bien de todos".

Deja fundada la Liga Patriótica, y establecidas la bases del Partido Revolucionario. Fervor y entusiasmo en Cayo Hueso. Establecidas también las bases del Partido Revolucionario, el 3 de enero de 1892, y ratificadas a los pocos días en una velada histórica del Círculo Cubano.

Reunión en Nueva York el 24. Viaje a Santo Domingo para ofrecer el mando militar al general Máximo Gómez. Vuelta a Nueva York, en donde el 14 de marzo funda Martí el periódico "Patria", y queda definitivamente aprobada la constitución del Partido Revolucionario Cubano, el 10 de abril de 1892.

Al gran forjador de voluntades se le nombra Delegado. No quiere ser nada que implique dirección o presidencia. *Delegado*. Simplemente *Delegado*. Y va de un sitio para otro en ese año 92 de intensa actividad, venciendo su frágil naturaleza que una vez más lo hace guardar cama.

"Es imposible que este cuerpo no oiga mis ruegos. Que me deje andar. Que me deje pensar. Que me deje escribir. A veces la angustia es mucha y creo que acabo".

MAS no acaba el grande hombre. En 1893 estará de nuevo con el general Gómez en Santo Domingo. Y de un tranco, “con sus botas invisibles”, pasará por Haití, por Jamaica, por Costa Rica, en donde gozan de hospitalidad Antonio Maceo y un grupo selecto de dirigentes cubanos. De allí a Panamá. Otra vez Tampa. Otra vez Cayo Hueso. Otra vez Nueva York, Filadelfia, Jacksonville, Nueva Orleans. “Quisiera ser relámpago y cubrirlo todo”.

En 1894 llega el general Gómez a Nueva York. ¡Hay que acelerar los preparativos! Noches enteras discute y traza el plan de campaña con el Delegado. La revolución brotará del país mismo. Los viejos jefes de la *guerra grande* llegarán de afuera con barcos y pertrechos. Urge otra entrevista con el general Maceo. Es indispensable prevenir a los demás jefes, diseminados en diversos países. Nuevos viajes de Martí: Filadelfia, Florida, Nueva Orleans, Costa Rica —en donde la fecha del movimiento queda convenida con Maceo—, Panamá, Jamaica, Nueva York.

¡Y no termina todavía! Faltan fondos. Un empuje más. Piensa en México José Martí. Y en México lo verán sus amigos en julio de 1894, con la cara demacrada, con su traje raído, con su bombín de siempre, con su maletita de mano. Viaja en camarotes de segunda; se aloja en hoteles modestos; se mueve solo, sin secretarios,

sin secretarias, sin los lujosos equipajes que suelen llevar consigo los políticos contemporáneos. Pide “caridad para Cuba”.

Se impresionan sus amigos mexicanos: don Justo Sierra, Urbina, Peza, el yucateco Peón Contreras. Está exhausto Martí. Don Manuel Mercado, su entrañable amigo, entonces Subsecretario de Gobernación, lo saca del hotel para atenderlo en su casa. Todos le piden que se quede en México. ¡Inútil ruego! Seguirá su ruta el gran iluminado.

AÑO 1895.—Ya todo está dispuesto. Ya todo está en marcha. Pero el 10 de enero fracasa el plan de Fernandina, de donde zarparían hacia Cuba los barcos *Amadis*, *Lagonda* y *Baracoa*. ¡El movimiento ha sido denunciado y las autoridades norteamericanas deben ceñirse a las leyes de neutralidad!

Martí se derrumba de indignación y de pena, al comprobar que hubo un delator. Terrible noche pasa en Jacksonville. Reacciona. Se rehace. Se perderán los barcos: ¡mas he aquí que la policía se ha hecho de la vista gorda, y logran salvar los revolucionarios gran parte de los pertrechos! “¡En una cáscara de pino, en una uña se hará el transporte y se ganará la guerra!” Regresa el prócer a Nueva York.

29 de enero de 1895.—Orden para el levantamiento contra el régimen español. El 31 sale

Martí de Nueva York y se dirige a Santo Domingo, para tomar las últimas medidas y reunirse con el general Máximo Gómez. El 7 de febrero llega a Montecristi.

Recorren los dos la Isla dominicana. 24 de febrero: ¡Grito de Baire! Se organizan grupos. El fracaso de Fernandina sirve de experiencia para precaverse. El 25 de marzo está listo un documento extraordinario por su ponderación y su sentido humano, el Manifiesto de Montecristi, que firman Gómez, como Generalísimo, y Martí como Delegado.

“La guerra no es contra el español” —reza el Manifiesto—. “En los habitantes españoles de Cuba, en vez de la deshonrosa ira de la primera guerra, espera hallar la revolución, que ni lisonjea ni teme, tan afectuosa neutralidad o tan veraz ayuda, que por ellas vendrá a ser la guerra más breve, sus desastres menores, y más fácil y amiga de la paz en que han de vivir juntos padres e hijos. Los cubanos empezamos la guerra, y los cubanos y los españoles la terminaremos. No nos maltraten, y no se les maltratará. Respeten, y se les respetará. El acero responda al acero, y la amistad a la amistad”.

Y este otro párrafo: “Más que saludarlo en la muerte (al español), quisiera la revolución acogerlo en vida; y la república será tranquilo hogar para cuantos españoles de trabajo y honor gocen en ella de la libertad y bienes que

no han de hallar aún por largo tiempo en la lentitud, desidia y vicios políticos de la tierra propia. Este es el corazón de Cuba, y así será la guerra". En resumen, "voluntad de mirar como a cubanos, sin amargas memorias, a los españoles que por su pasión de libertad ayuden a conquistarla en Cuba".

El 10. de abril embarca el apóstol, con el general Gómez y otros compañeros, hacia la gran Antilla, deteniéndose en Cabo Haitiano. El 11 se interna el grupo en territorio de Cuba. El 5 de mayo logran reunirse, en Mejorana, las fuerzas de Maceo y de Gómez. ¡Dos semanas después, el 19, José Martí habrá cumplido su misión, bañado en sangre!

LA HONDA DE DAVID



AMPAMENTO de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895.—Mientras los jefes militares echan un sueño en sus hamacas, y vigilan alrededor de Vuelta Grande los centinelas mambises, escribe su última carta José Martí.

“Mi hermano queridísimo —le dice a don Manuel Mercado—: Ya puedo escribir, ya puedo decirle con qué ternura y agradecimiento y respeto lo quiero, y a esa casa que es mía y mi orgullo y obligación... Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber, puesto que lo entiendo y tengo ánimos con qué realizarlo...”

¿Y qué entendía por *su deber* el gran cubano? Sigamos leyendo su carta póstuma:

“Impedir a tiempo, con la independencia de Cuba, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta

hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin”.

Hace luego hincapié en la urgencia de “impedir que en Cuba se abra el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América al Norte, revuelto y brutal, que los desprecia”. Y agregará su frase famosa: “Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas; y mi honda es la de David”.

Le cuenta después Martí al señor Mercado su conversación con Eugenio Bryson, corresponsal del “Herald”, quien había entrevistado al Capitán General, Martínez Campos. Este le hizo saber al periodista que “sin duda, llegada la hora, España preferiría entenderse con los Estados Unidos a rendir la Isla a los cubanos”.

El prócer, sin embargo, no pierde la fe, porque “la guerra de Cuba es una realidad superior a los vagos y dispersos deseos de los cubanos y españoles anexionistas”; y porque los Estados Unidos —bien les conoce las entrañas y la forma de no comprometerse sino con garantías y protocolos—, no aceptarán la anexión de un país en guerra, levantado en armas por su independencia. Pero teme, temerá siempre la

intervención del poderoso, incluso en favor aparente de la independencia de Cuba, y no sólo por Cuba sino por “nuestras tierras de América”.

NO eran infundados los temores de Martí. ¿Por qué no pudo independizarse la Isla al mismo tiempo que México, Centroamérica y la América del Sur?

¿Por qué siguió bajo el dominio de España y con el tráfico de esclavos, a pesar de las conjuras y los levantamientos de sus mejores hijos, como natural reflejo de la liberación haitiana y de la guerra continental de independencia?

¿Por qué fracasaron los preparativos de Bolívar y de Páez para ayudar a Cuba y Puerto Rico?

¿Y el movimiento libertario de 1837, y los que siguieron, y las expediciones de Narciso López, y la guerra grande de 1868 a 1878?

Bien sabía Martí, desde que estudiaba en la biblioteca del señor Mendive, que a la libertad de Cuba, como a la libertad de Puerto Rico, no sólo se opusieron las autoridades peninsulares, multiplicando las matanzas de campesinos y de los más destacados jefes rebeldes, sino también los poderosos intereses esclavistas norteamericanos.

Para la anexión, y no para otra cosa, esperaban momento propicio dichos intereses, como habían hecho con Texas, sobreviniendo las consecuencias que todos conocemos: la injusta guerra contra el país hermano y débil, desatada por el *Destino Manifiesto* del Presidente Polk; el Tratado de Guadalupe Hidalgo en 1848, y medio territorio de la nación mexicana cercenado.

Sabía también Martí que en ese mismo año recibió instrucciones el Ministro norteamericano Saunders, en Madrid, para que ofreciese al gobierno español hasta cien millones de dólares por la isla de Cuba. Y no ignoraba que a partir de la epopeya de Céspedes, como reacción sin duda contra el despotismo intransigente de la corona española, y por la influencia cada vez mayor de fuertes monopolios norteamericanos —establecidos en el país y expertos en hacer su propaganda—, había tomado fuerza peligrosa el sentimiento anexionista en algunos círculos cubanos.

Ciertamente que la opinión pública de los Estados Unidos, ajena a las ambiciones de la banca y a las intrigas del Gobierno, simpatizaba con la lucha heroica de los cubanos por su independencia. Martí lo había podido constatar durante su larga permanencia en Nueva York. Pero la opinión pública no es la que decide en esta clase de conflictos, sino las autoridades. Y

las autoridades se mostraban hostiles a los revolucionarios, alegando neutralidad.

En efecto, el Presidente Grover Cleveland y su Secretario de Estado, Richard Olney, eran enemigos rotundos de la “perturbación de la paz en el Caribe”, según se desprende de una proclama oficial, fechada en Washington el 12 de junio de 1895, recién inmolado nuestro visionario apóstol.

Igual actitud asumió el Presidente McKinley, sucesor de Cleveland. Y no tuvieron mejor aliado ambos gobernantes, ni lo tuvieron los magnates de Wall Street, que el Arzobispo Ireland, de vehemencia tan anticristiana como la que hoy emplea el Cardenal Spellman, con fines semejantes y mucho rociar de agua bendita.

FACILMENTE podrá entonces comprenderse cómo era lúcida la visión de nuestro grande hombre. ¡Lúcida y profética! Porque al fin y a la postre, con el pretexto de la voladura del *Maine* en la bahía de La Habana, el 21 de abril de 1898, estalló la guerra de Estados Unidos contra España. Y con la intervención del vecino poderoso, con su victoria sobre la marina y los ejércitos españoles, ¡lo que tanto temía Martí!: “la extensión de Estados Unidos por las Antillas”.

Y no sólo por las Antillas sino también por el Pacífico, gracias incluso a la indiferencia

irresponsable o a la complicidad de los gobiernos hispanoamericanos, que con la excusa de la *madre España* pusieron oídos de mercader a los llamamientos insistentes del patriotismo cubano, cuando aún era tiempo de evitar lo que sucedería después.

Lo que sucedió después ya lo hemos visto. El dominio político, militar y económico de los Estados Unidos sobre una extensión inmensa, apenas comparable a la que México tuvo que entregar, en 1848, por el Tratado de Guadalupe Hidalgo. O sea que Washington redondeó, a precio más bajo y con mayores ventajas estratégicas y materiales, la proposición que cincuenta años antes había hecho a España el Presidente Polk.

Pudo así cumplirse, además, lo que Martínez Campos le había declarado al periodista Bryson: “Llegada la hora, España preferiría entenderse con los Estados Unidos a rendir la Isla a los cubanos”.

Y se entendió. ¡Pero vencida y a qué costo! Con el Tratado de París del 10 de diciembre de 1898, por el cual no sólo habría de perder a Cuba, sino también sus posesiones en Puerto Rico, Culebra, Vieques, Guam, Filipinas, lo que aún conservaba de imperio colonial.

Y de ese modo quedó abierto el camino que Martí pugnaba por cegar.

El camino que condujo a las rutas canaleras de Panamá y de Nicaragua, mediante la fuerza, la diplomacia del dólar, la traición y el entreguismo —¡lo peor de Estados Unidos y lo peor de Hispanoamérica!—, propiciando los Tratados Bunnau-Varilla y Bryan-Chamorro.

El camino de los bombardeos y de las intervenciones, siempre en nombre de la paz.

El camino, en fin, el ancho camino del Caribe, por el cual se deslizaron los acorazados hacia la propia Cuba, Haití, Santo Domingo, Veracruz, la patria de Darío y de Sandino.

Donde los intereses norteamericanos juzgaron oportuno hacer más firme su dominio, o ir ampliando su zona de influencia y afianzarse, allí estaban los acorazados.

¡Siquiera que en esa forma, de paso y por añadidura, dignos de verse y admirarse y propagarse, quedaban fortalecidos y en luna de miel con alguna satrapía los ideales democráticos, que tanto dolor y tanta sangre le han costado a nuestra América!

Pero será preferible, como síntoma de gran cordura y de amor sincero por la democracia, no insistir en tales hechos; guardar silencio; cerrar los ojos y los oídos; no acordarse de la Historia; olvidar pues y perdonar, para que se mantenga firme y radiante lo del *buen vecino*.

HAY en esta última carta de Martí, carta-testamento a su mejor amigo mexicano, otro aspecto que se lee con emoción. Quería dejar constancia escrita, con su pluma y con su sangre, de cómo era capaz de dar la vida por su país y por su deber. “¡Tengo ánimos con que realizarlo!”

Así contestaba el apóstol a los que habían puesto en duda su decisión heroica, creyéndolo bueno únicamente para pronunciar discursos, para echar a la gente por delante, y no para tomar las armas. Sobre “un largo viaje”, sobre el sacrificio de su vida, le había escrito a su madre el 25 de marzo, en Montecristi, después de haber redactado el “Manifiesto”:

“Madre mía: Hoy, 25 de marzo, en vísperas de un largo viaje, estoy pensando en usted. Yo sin cesar pienso en usted. Usted se duele, en la cólera del amor, del sacrificio de mi vida; y, ¿por qué nací de usted, con una vida que ama el sacrificio? Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde es más útil. Pero conmigo va siempre, en mi creciente y necesaria agonía, el recuerdo de mi madre.

“Abraze a mis hermanas y a sus compañeros. ¡Ojalá pueda algún día verlos a todos a mi alrededor, contentos de mí! Y entonces sí que cuidaré yo de usted con mimo y con orgullo. Ahora, bendígame, y crea que jamás saldrá de

mi corazón obra sin piedad y sin limpieza. La bendición”.

Y a don Federico Henríquez y Carvajal, el ilustre dominicano, en otra carta inolvidable fechada el mismo día, también en Montecristi: “. . . De vergüenza me iba muriendo, cuando creí que en tamaño riesgo pudiera llegar a convencerme de que un pueblo se deja servir, sin cierto desdén y despego, de quien predicó la necesidad de morir y no empezó por poner en riesgo su vida. . .

“. . . Para mí la patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber. Ya arde la sangre. Ahora hay que dar respeto y sentido humano y amable, al sacrificio. . . Mi único deseo sería pegarme al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí, ya es hora. . .

“. . . Me arranco de usted y le dejo, con mi abrazo entrañable, el ruego de que en mi nombre agradezca, por hoy y para mañana, cuanta justicia y caridad reciba Cuba. A quien me la ama, le digo en un gran grito: ¡hermano!. . . Levante bien la voz: que si caigo, será también por la independencia de su patria”.

VARIAS páginas podrían llenarse con citas de Martí sobre este tema de la muerte, de la muerte heroica, que lejos de atemorizarlo le atraía. Desde Chicago, al describir para “La Nación” de Buenos Aires el ajusticiamiento de

las víctimas propiciatorias, con motivo de la manifestación obrera del 10. de mayo de 1886, no pudo ocultar su admiración por la forma en que llegaron a la horca:

“Plegaria es el rostro de Spies; el de Fischer, firmeza; el de Parsons, orgullo radioso; Engel hace reír con un chiste a su corchete... Resuena la voz de Spies, mientras están cubriendo las cabezas de sus compañeros, con un acento que a los que le oyen les entra en las carnes: *La voz que vais a sofocar será más poderosa en lo futuro, que cuantas palabras pudiera yo decir ahora...* Fischer dice, mientras atiende el corchete a Engel: *Este es el momento más feliz de mi vida*”.

Subraya Martí las frases que pone en boca de los que ya van a morir. Las hace resaltar. ¿No está diciendo desde entonces, no está pensando desde que se hizo responsable de la carta que lo llevó al presidio, cómo el entrar en una *muerte útil*, en una *muerte heroica*, sería el momento más feliz de su vida?

ANDRES Iduarte nos da en su “Martí, escritor”, síntesis como éstas: “Otros lamentan la muerte necesaria. Yo creo en ella como la almohada, y la levadura, y el triunfo de la vida” (1891, IX, 173).

“...Yo voy —dice a Gualterio García— a que me estrujen, a que me acorralen, a que me

intriguen, a que me nieguen. . . ¿Qué importaría un puñado de gusanos ante tanta sublimidad y abnegación, ante el martirio sonriente de los que están dispuestos a morir por los mismos que nos deshonren?: es tanto el azul del cielo que no lo puede empañar una nube. . .”(V. 96).

“...Hasta hoy no me he sentido hombre. He vivido avergonzado, y arrastrando la cadena de mi patria toda la vida. La divina claridad del alma aligera mi cuerpo. Este reposo y bienestar explican la constancia y el júbilo con que los hombres se ofrecen al sacrificio”(204).

Júbilo, alegría; “no se nota divorcio de mentes ni agrio de almas”; se siente puro y leve “como la paz de un niño”. Describe sus impresiones, los vítores, los aplausos, cuando lo hicieron Mayor General del Ejército Libertador, el 16 de abril. ¡Y la entrevista de los jefes principales en el ingenio de La Mejorana, el 5 de mayo, donde se decidió que él regresara a Nueva York! Se trataba de cierta misión sumamente delicada, que sólo Martí era capaz de realizar.

¡Lo que sentiría entonces, “cuando ya la luz había entrado en él”! Pero antes de emprender su nuevo viaje al Norte quiso acompañar al General en Jefe, ser testigo de algunos combates, montar el caballo brioso y blanco que le había regalado José Maceo.

Por eso estaba el 18 de mayo en el Campa-

mento de Dos Ríos. Le iba diciendo en su carta a don Manuel Mercado: “Hay afectos de tan delicada honestidad...”, y no pudo continuarla. Acababa de llegar el veterano y noble general Bartolomé Masó, con tropas frescas de Manzanillo y de Bayamo.

Largamente hablaron esa noche Gómez, Masó, Martí y otros jefes sobre los planes de campaña en Camagüey; sobre la invasión de Occidente por el glorioso general Antonio Maceo, según lo acordado en La Mejorana; y sobre el próximo viaje de Martí. “¡Mañana mismo, señor Delegado. Mañana mismo, si es posible!”...

EN LA INMORTALIDAD



CAMPAMENTO de Dos Ríos, 19 de mayo de 1895.—Mediodía tropical, con un sol que abrasa y reverbera, según cae en las aguas del Cauto o se refleja en las del Contra-maestre. Están sudando de calor lá propia selva y el corazón y la frente de los hombres.

A hora temprana, estandartes al viento, tuvieron parada militar las tropas de los mam-bises. Breves palabras de Máximo Gómez. Elocuente discurso del general Masó. Arenga encendida de José Martí.

Almuerzan después en la casa de Las Bijas. Y cuando van de nuevo al Campamento y están listas las hamacas para una corta siesta, llega la voz de alarma. ¡Por la otra margen del río, con buen número de fuerzas españolas, avanza el coronel Ximénez de Sandoval!

“¡A la carga!”, ordena el general Gómez, y al frente de 300 hombres se lanza a vadear el

Contraamaestre. Abre fuego el enemigo, apostado en la pequeña sabana de Dos Ríos. Protege Gómez a Martí que está a su lado, que lo sigue en su caballo blanco. Le ruega pasarse a retaguardia, porque “aunque es Mayor General no tiene mando de tropa”.

Se encarniza la batalla. Acometen los mambises con machetes y mosquetones. Contraatacan los españoles en posición ventajosa. Y ante el peligro de exponer a sus soldados en campo descubierto, el General en Jefe dispone la retirada.

PERO un jinete, seguido a pocos metros por Angel de la Guardia, casi un niño que no lo desampara, sigue adelante, brillantes los ojos, la mirada en alto, sin precaverse, sin advertir que a poca distancia está el enemigo, porque no ve a los soldados que le disparan sino a Cuba y su bandera, más allá de los ejércitos, sobre las cabezas de todos, como prendida entre las nubes, flameando enorme sobre la sabana de Dos Ríos.

¡Es como una aparición, como un desdoblamiento de lo que lleva en la claridad de su alma iluminada!

Y sigue galopando: hacia Cuba, hacia su bandera, hacia lo alto. Y siente que su corcel se eleva también, como un pegaso. Y vuela, vuela el jinete hacia la inmortalidad, abrazado, poseí-

do de la muerte que lo hace rodar exánime por tierra.

Angel de la Guardia salta de su yegua alazana para prestarle auxilio, para recoger el cuerpo ensangrentado del maestro. Inútil esfuerzo del adolescente. Avanzadillas españolas casi lo rodean. Monta de nuevo; le clava las espuelas al noble animal; de bruces sobre la montura se libra de las balas; y en veloz carrera llega con la mala nueva al Campamento.

HA muerto en Dos Ríos José Martí. La noticia corre de boca en boca, se publica, se comenta. No la creen sus partidarios. La niegan sus amigos en Tampa. La niegan en Nueva York. La niegan en Cayo Hueso.

¡No! Martí no ha muerto. Lo han enterrado los españoles en Remanganaguas, sin ataúd ni ceremonias, al día siguiente de su inmólación, el 20 de mayo de 1895. Lo han desenterrado el 22 para llevarlo, sobre parihuelas, a Palma Soriano y a San Luis. De San Luis lo condujeron a Santiago y allí lo enterraron otra vez, el 27, en el Cementerio de Santa Efigenia.

¡Lo enterraron, pero Martí no ha muerto! Vive y seguirá viviendo, como faro, en lo más alto del Continente. Y como guía, para no extraviarnos, en lo más hondo de la conciencia hispanoamericana.

HISPANOAMERICANISMO DE MARTÍ

LA carta de José Martí a don Manuel Mercado, que el tránsito del prócer a la inmortalidad dejó inconclusa, así como tantas otras opiniones suyas sobre el mismo tema, podrían dar la impresión de antiyanquismo a todo trance, sin distingos entre lo bueno y lo malo de aquel gran país.

Igual juicio pudiera tenerse de Bolívar, por la conocida frase de su carta a Sir Patrick Campbell: “Los Estados Unidos parecen haber sido puestos por la fatalidad en el nuevo mundo, para causar daños a nuestra América en nombre de la libertad”.

Escritas en 1829 estas palabras, es indudable que el Libertador pensaba en Cuba y en Puerto Rico, a cuya independencia se opusieron obstinadamente los esclavistas norteamericanos, cuando el batallón Junín y otras fuerzas del sur se aprestaban a cooperar con los insurgentes de

las dos Antillas. Pero ni las palabras de Bolívar ni las admoniciones de Martí, justificadas ante la amenaza del *Destino Manifiesto*, implican, necesariamente, antiyanquismo. Reflejan, a lo sumo, un temor fundado y un supremo anhelo: defensa de lo propio: *hispanoamericanismo*.

En el concepto del uno y del otro, no es precisamente la geografía el aglutinante de las naciones, sino el común origen, la tradición, el idioma, la cultura. Y que eso es verdad nos lo demuestra la pequeña geografía de Europa, de donde han salido las más sangrientas guerras de los últimos siglos, por rivalidades entre las viejas potencias, a pesar de hallarse todas ellas en el mismo Continente.

Sobre el particular, refiriéndose no sólo a lo político, sino también a lo comercial, a lo económico, insistirá Martí en que es necesario “equilibrar el comercio, para asegurar la libertad”. ¿Por qué? Léanse las razones textuales del prócer cubano, que habrían de revisar cuidadosamente los hacendistas de nuestros blandos países:

“El pueblo que quiere morir vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse vende a más de uno. Cuando un pueblo fuerte da de comer a otro, se hace servir de él. Cuando un pueblo fuerte quiere dar batalla a otro, compele a la alianza y al servicio a los que necesitan de él.

“Lo primero que hace un pueblo para llegar

a dominar a otro, es separarlo de los demás pueblos. El pueblo que quiera ser libre, sea libre en negocios. Distribuya sus negocios entre países igualmente fuertes. Si ha de preferir a alguno, prefiera al que lo necesite menos, al que lo desdén menos...

“...Ni uniones de América contra Europa, ni con Europa contra un pueblo de América. El caso geográfico de vivir juntos en América no obliga, sino en la mente de algún candidato o algún bachiller, a unión política. El comercio va por las vertientes de tierra y agua y detrás de quien tiene algo que cambiar por él, sea monarquía o república.

“...La unión con el mundo, y no con una parte de él; no con una parte de él contra otra. Si algún oficio tiene la familia de repúblicas de América, no es ir de arria de una de ellas contra las repúblicas futuras”.

HE juzgado oportuno traer esto a colación en el primer centenario del natalicio de Martí, porque sus crónicas, llenas de simpatía para el pueblo laborioso de los Estados Unidos, para sus instituciones ejemplares, para sus valores éticos más representativos; su admiración por Lincoln, Walt Whitman, Emerson, Wendell Phillips, Cooper, Alcott, Sheridan y otros personajes de altura espiritual; el hecho, incluso, de haber vivido quince años en Nueva York;

todo eso, y *algo más*, se está aprovechando para ofrecer una visión incompleta de su ideario.

En forma tan bien o malintencionada nos presenta cierta publicidad extranjera a nuestro gran cubano, que casi nos lo convierte en pilar del Panamericanismo, cuya paternidad se le pretende adjudicar ni más ni menos que a Bolívar.

Me refiero al Panamericanismo oficial, que dió origen a la Unión Panamericana de Washington, de no muy grata memoria; y posteriormente a la sigla OEA (Organización de Estados Americanos), burocrática entelequia que al negar que existan problemas graves en América —¡y la mitad de ella está sufriendo de explotación económica y de furor totalitario!—, demuestra que sus dirigentes proceden por consigna, o como si hubiesen perdido la razón.

Todo eso y *algo más*, dije antes, se aprovecha para desfigurar el ideario hispanoamericano. El *algo más* es lo que bien pudiera definirse como habilidad diplomática de la peor especie, porque siempre vamos a la de perder. O como sutileza casi grotesca de los que le buscan sonrisas al poderoso, sin que les duela mutilar, según convenga a sus intereses, hasta la biografía y el pensamiento de nuestros más altos valores.

Que lo haga la contraparte nada tiene de extraordinario, porque está en lo suyo. Pero que así procedan gentes de nuestro propio bando,

generalmente avispadas, de mucha jurisprudencia y bien movido predicamento, es como para mesarse uno los cabellos. Conducta inadmisible, sobre todo, en quienes llevan la representación de gobiernos más o menos responsables, que habrían de ponerse a la altura de lo que es y significa la América Española.

RESPECTO de Bolívar, acaso no sea ésta la ocasión más propicia para insistir en su arraigado hispanoamericanismo. Baste recordar que desde el principio de su carrera hasta su muerte física, en 1830, durante 20 años, ese fué su *pensamiento substantivo*. Y así se comprueba en la Carta de Jamaica, de 1815; en su discurso de 1819, ante el Congreso de Angostura; en sus comunicaciones al Protector argentino, Juan Martín de Pueyrredón; en sus invitaciones de 1822 y de 1824 para reunir el Congreso de Panamá; en su discurso del 10 de febrero de 1825 ante el Congreso peruano.

Siempre hablará Bolívar en esos documentos de “las repúblicas americanas, *antes colonias españolas*”; y de la Confederación o Liga *hispanoamericana* que, con la independencia territorial y con la libertad del sér humano, dentro de un orden democráticamente establecido, viniese a ser modelo para el mundo.

¿ Por antisajonismo ? ¿ Por antieuropeísmo ?
No. Por hispanoamericanismo. Siente admira-

ción por Europa, por la legislación inglesa, por la democracia norteamericana. No somos peores ni mejores, sino diferentes. He aquí su tesis:

“Somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares... Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del Norte... No somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles”.

A esa especie media —agregará Bolívar— corresponden leyes apropiadas a su naturaleza y a su carácter, “a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, al género de vida de los pueblos, a la religión de los habitantes, a sus inclinaciones, a sus costumbres, a sus modales”.

Exclama a continuación en el Congreso de Angostura: “¡He aquí el Código que debíamos consultar, y no el de Washington!”

POR lo que a Martí se refiere, para honrarlo y honrarnos con su presencia; para sentirlo como si estuviera con nosotros; para no extraviarnos en esta confusión de la época contemporánea, será preferible usar una vez más sus propias palabras, extractadas de diversos textos. Pequeñas gemas, nada más, de tan alucinadora y rica pedrería. Tocante al hispanoamericanismo de que se trata, ningunas tan adecuadas como

las que voy sacando de su conocido ensayo “Nuestra América”, publicado en 1891.

“Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan de Castellanos: las armas del juicio, que vencen a las otras. Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra.

“...No hay proa que taje una nube de ideas. Una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo, para, como la bandera mística del juicio final, a un escuadrón de acorazados.

“...¡Los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas!

“...Es la hora del recuento y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes”.

¡Frasas aleccionadoras las de Martí! Una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo, es más poderosa que un escuadrón de acorazados. Hemos de andar en cuadro apretado, para que no pase el gigante de las siete leguas.

¡Si anduviésemos en cuadro apretado los hispanoamericanos, viendo por nosotros mismos y para nosotros mismos; sin hacerle el juego a ningún gigante de los que se amenazan y amenazan a la especie humana; sin dictadores que ofrecen defender la democracia fuera de sus fronteras, y violan y escarnecen la libertad en su propio territorio; si nos diésemos cuenta de

lo que somos y de lo que podríamos ser, qué papel tan importante y decisivo desempeñaríamos en los grandes concursos internacionales!

“Somos débiles y pobres”, dirán los que llevan a cuestras su complejo de inferioridad. Al punto les ataja Martí: “Sólo a los sietemesinos les faltará el valor. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás. Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses”. Y seguirá diciendo en “Nuestra América”:

“La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, o de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyés no se desestanca la sangre cuajada de la raza india.

“El buen gobernante de América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés. . . Se entiende que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales; que las ideas absolutas, para no caer por un yerro de forma, han de ponerse en formas relativas; que la libertad, para ser viable, tiene que ser sincera y plena; que si la república no abre los brazos a todos y adelanta con todos, muere la república.

“...Eramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España. . . Se ponen en pie los pueblos y se saludan. “¿Cómo somos?”, se preguntan, y unos a otros se van diciendo cómo son. Cuando aparece en Cojímar un problema, no van a buscar la solución a Dantzig. Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América.

“...Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino!”

ENUMERA después Martí los peligros que corren los pueblos hispanoamericanos, entre ellos uno “que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales”. Y exclama:

“El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las ma-

nos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece”.

Lo peor, para Martí, en los Estados Unidos —según entresaco de otros trabajos suyos—, son los políticos del Tammany Hall, los funcionarios que se dejan sobornar, los banqueros de “pies en mesa, bolsa rica, habla insolente, puño presto, ayer mineros, luego nababs, luego senadores... que merodean y devastan a la usanza moderna... y donde ven un débil comen de él, y veneran en sí la fuerza, única ley que acatan”.

Dirá de ellos que no son banqueros ni funcionarios sino *bandidos*, que lo tienen todo: “periódicos, polemistas que defienden sus intereses, damas con las que bailan en los saraos y prohombres respetuosos, que esperan en su antesala y comen a su mesa”.

Se indigna el apóstol ante la corrupción, ante el inmoderado afán de lucro, ante lo peor de Norteamérica, que es también lo peor en el medio político hispanoamericano, hasta escribir esta tremenda frase:

“¡En cuerda pública, descalzos y con la cabeza mondana, deberían ser paseados por las calles esos malvados, que amasan su fortuna con las preocupaciones y los odios de los pueblos!”

PERO ya hemos visto de qué manera, al mismo tiempo, admiraba y exaltaba Martí lo mejor de los Estados Unidos:

“Yo esculpiría en pórfido las estatuas de los hombres maravillosos que fraguaron la Constitución de los Estados Unidos de América —dijo con emoción—. Los esculpiría, firmando su obra enorme. Abriría un camino sagrado hasta el templo de mármol blanco que los cobijase. Y cada cierto número de años establecería una semana de peregrinación nacional, en otoño, que es la estación de la madurez y la hermosura, para que, envueltas las cabezas reverentes en las nubes de humo oloroso de las hojas secas, fueran a besar la mano de piedra de los patriarcas, los hombres, las mujeres y los niños. . .”

Con lo mejor de Norteamérica está Martí: con el pueblo trabajador, con los grandes estadistas, con los filósofos, con los intelectuales que nos entienden. Sin embargo, como éstos no gobiernan; y como, por regla casi general, tampoco gobiernan los mejores en el resto del Continente; y como somos, además, “razas opuestas”, quiere amistad y comprensión, pero no alianzas, que pudieran devenir en entreguismo y vasallaje.

“En América hay dos pueblos, y no más que dos, de alma muy diversa por los orígenes, antecedentes y costumbres —escribió en 1894—, y sólo semejantes en la identidad fundamental hu-

mana. De un lado está nuestra América, y todos sus pueblos son de una naturaleza y de una cuna parecida o igual, e igual mezcla imperante; del otro lado está la América que no es nuestra, cuya enemistad no es cuerdo ni viable fomentar, y de la que, con el decoro firme y la sagaz independencía, no es imposible y es útil ser amigos”.

Ser amigos pero no aliados. ¿Por qué? Replica el prócer:

“Porque ellos creen en la superioridad incontrastable de la raza anglosajona sobre la raza latina. Creen en la bajeza de la raza negra, que esclavizaron ayer y vejan hoy, y de la india, que exterminan. Creen que los pueblos de Hispanoamérica están formados, principalmente, de indios y negros. Mientras no sepan más de Hispanoamérica los Estados Unidos y la respeten más, ¿pueden los Estados Unidos convidar a Hispanoamérica a una unión sincera y útil para Hispanoamérica? ¿Conviene a Hispanoamérica la unión política y económica con los Estados Unidos?”

Son preguntas como para estos mismos días, de tan prolongada y enervante histeria. ¿Nos invita el poderoso a pactos de ayuda mutua, útiles para sus intereses, o *útiles alguna vez para la América Española?* Otras frases de Martí, proféticas, como si estuviese con la plu-

ma a cien años de distancia, darán esta respuesta que bien vale la pena meditar:

“Dos cóndores, o dos corderos, se unen sin tanto peligro como un cóndor y un cordero... ¿A qué ir de aliados, en lo mejor de la juventud, en la batalla que los Estados Unidos se preparan a librar con el resto del mundo?”

ME parece que los párrafos transcritos nos dan ideas orientadoras y concretas. Las hay también, luminosas, en su ya citado discurso del 19 de diciembre de 1889, que se publicó después con el título de “Madre América”. Y en su encendido elogio a Bolívar, en el mismo local de la Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York, el 28 de octubre de 1893. Y en tantos ensayos, advertencias, estudios, epístolas, trabajos diferentes en prosa y verso, que llenan ya setenta volúmenes, dados a la estampa en Cuba por la Editorial Trópico. Vale la pena, en todo caso, reproducir siquiera unos fragmentos de aquí y de allá, dignos de que se guarden en la memoria:

En “La América”, 1883: “Del Bravo al Plata no hay más que un solo pueblo... Vivimos suspensos de toda idea y grandeza ajena, que trae cuño de Francia o Norteamérica. Todo nuestro anhelo está en poner alma a alma y mano a mano a los pueblos de nuestra América Latina... Vemos colosales peligros; vemos ma-

nera fácil y brillante de evitarlos; adivinamos, en la nueva acomodación de las fuerzas nacionales del mundo, siempre en movimiento y ahora aceleradas, el agrupamiento necesario y majestuoso de todos los miembros de la familia nacional americana. Pensar es prever. Es necesario ir acercando lo que ha de acabar por estar junto”.

“Pueblo, y no pueblos —escribirá en 1884—, decimos de intento, por no parecernos que hay más que uno del Bravo a la Patagonia. Una ha de ser, pues que lo es, América, aun cuando no quisiera serlo: y los hermanos que pelean, juntos al cabo en una colosal acción espiritual, se amarán luego. . . Surgirá en el porvenir de América, aunque no la divisen todavía los ojos débiles, la nación latina; ya no conquistadora, como en Roma, sino hospitalaria”.

En Guatemala —cita de Andrés Iduarte— hará este llamamiento: “Pero ¿qué haremos, indiferentes, hostiles, desunidos? . . . Por primera vez me parece buena una cadena para atar, dentro de un cerco mismo, a todos los pueblos de esta América. . . Pizarro conquistó al Perú cuando Atahualpa guerreaba a Huáscar; Cortés venció a Cuauhtémoc porque Xicotencatl lo ayudó en la empresa; entró Alvarado en Guatemala porque los quichés rodeaban a los zutajiles. Puesto que la desunión fué nuestra muerte, ¿qué vulgar entendimiento, ni corazón mezqui-

no, ha menester que se le diga que de la unión depende nuestra vida?

Y el temor que expresaba en 1889, cuando se reunió la Conferencia Panamericana, al ver “amenazada a nuestra América por un pueblo que comienza a mirar como privilegio suyo la libertad, que es aspiración universal y perenne del hombre, y a invocarla para privar a los pueblos de ella”.

Y la frase final del ensayo más esclarecedor del maestro en 1891, “Nuestra América”, del cual tanto se ha transcrito en estas páginas:

“...Porque ya suena el himno unánime; la generación actual lleva a cuestas, por camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora: del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el gran Semí, por las naciones románticas del Continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!”

Y como en un hispanoamericanismo auténtico tiene también que entrar la verdadera España, veamos algo de lo que pensaba Martí de los españoles buenos, empezando por lo que escribió en alabanza de Fray Bartolomé de las Casas, en “La Edad de Oro”. He aquí unos pocos apartes de la hermosísima semblanza:

“...Si iba a ver al rey, se encontraba la antesala llena de amigos de los encomenderos, to-

dos de seda y sombreros de plumas, con collares de oro de los indios americanos; al ministro no le podía hablar, porque tenía encomiendas él, y tenía minas, o gozaba los frutos de las que poseía en cabeza de otros. . .”

“...De miedo de perder el favor de la Corte, no le ayudaban los mismos que no tenían en América interés. Los que más lo respetaban, por bravo, por justo, por astuto, por elocuente, no lo querían decir, o lo decían donde no les oyeran; porque los hombres suelen admirar al virtuoso, mientras no los avergüenza con su virtud o les estorba las ganancias; pero en cuanto se les pone en su camino, bajan los ojos al verlo pasar, o dicen maldades de él, o dejan que otros las digan, o lo saludan a medio sombrero, y le van clavando la puñalada en la sombra. . .”

“...El hombre virtuoso debe ser fuerte de ánimo, y no tenerle miedo a la soledad, ni esperar a que los demás le ayuden, porque estará siempre solo; ; pero con la alegría de obrar bien, que se parece al cielo de la mañana en la claridad!”

DE su discurso en el Liceo Cubano, Tampa, Florida, 26 de noviembre de 1891:

“¿ Al español en Cuba habremos de temer?
 ... ¿ Al español llano que ama la libertad como la amamos nosotros, y busca con nosotros una patria en la justicia?”

“...¿Temer al español liberal y bueno; a mi padre valenciano; a mi fiador montañés; al gacitano que me velaba el sueño febril; al catalán que juraba y votaba porque no quería el criollo huir con sus vestidos; al malagueño que saca en sus espaldas, del hospital, al cubano impotente; al gallego que muere en la nieve extranjera, al volver de dejar el pan del mes en la casa del general en jefe de la guerra cubana?”

“¡Por la libertad del hombre se pelea en Cuba, y hay muchos españoles que aman la libertad! ¡A estos españoles les atacarán otros; yo los ampararé toda mi vida!”

Aquí tenemos a Martí, como en el Manifiesto de Montecristi, defendiendo al español auténtico, al español humano, de honda raigambre democrática, porque “la guerra nueva no será de cubanos contra españoles, sino de los amigos de la libertad contra sus enemigos”.

Semanas antes, el 10 de octubre de 1891, en su famoso discurso del Hardman Hall de Nueva York, había dicho:

“Reconocemos —¿cómo no hemos de reconocer, recordando a Mina en México, a Gaínza en Guatemala, a Villamil en Cuba, al gallego Insúa en Nueva York?— reconocemos el valor positivo del español amigo de la libertad, que le deja franco el paso, sin oponerse a su triunfo, o sale a defenderla a la luz del día. ¡Y nuestra estimación por el español bueno, sólo iguala a

nuestra determinación de arrancar de raíz, aunque se queje la tierra, los vicios y las vergüenzas con que el español malo nos pudre!"

EL español malo es el de la otra España: la de Torquemada, la de los encomenderos, la de Fernando VII, la España feroz y absolutista que ha caído en poder de Franco y su Falange, contra la cual siguen luchando los españoles liberales, los de "Fuente Ovejuna" y "El Alcalde Zalamea", enfrentados desde 1936 al nazifascismo vergonzante del Generalísimo, y al de Hitler y al de Mussolini que imperan todavía en el mundo.

¡Cómo estaría Martí con la República Española, combatida y difamada por la caverna internacional! ¡Y cómo alzaría su voz admonitoria contra los turiferarios, los espadones y los levíticos hispanoamericanos de la democracia, que ahora mismo están pidiendo la admisión de Franco en las Naciones Unidas! ¡Y que propiciaron, además, su inexcusable ingreso en el plácido convivio de la Unesco!

Hermano, le hubiera dicho nuestro Martí continental, nuestro Martí bolivariano y anti-absolutista, a don Manuel Azaña.

Hermano, a don Francisco Madero, por haberse enfrentado al caudillismo en esta tierra del Anáhuac, que fué como la suya propia.

Hermanos, a los forjadores honestos de la

Revolución mexicana y de la expropiación petrolera.

Hermano, al general Augusto César Sandino, que pudo defender la integridad de Centroamérica.

Hermano, al doctor Juan José Arévalo, de Guatemala, porque supo luchar airoosamente contra la imposición extranjera.

Hermanos, a los guatemaltecos leales al movimiento revolucionario del 20 de octubre de 1944, por haber iniciado y proseguido la liberación de su patria.

Hermanos, a Rómulo Gallegos y al poeta insigne Andrés Bello, representantes de la cultura y de la dignidad de Venezuela.

Hermano, a Víctor Raúl Haya de la Torre, preso o asilado —¡durante cuatro años!— en la Embajada de Colombia en Lima.

Hermanos, a los mineros y a los heroicos patriotas de Bolivia, que con su decisión y con Víctor Paz Estenssoro a la cabeza, le han torcido el cuello al monopolio del estaño.

Hermanos, en fin, a los exiliados políticos; a los nuevos apátridas; a los perseguidos de las dictaduras; a los defensores sinceros de tantas Cartas democráticas como se han firmado y vulnerado, con su cabeza bajo la bota del retador implacable de la inteligencia, del hombre de cuartel y de ametralladora, que con el espalda-

razo de los poderosos, los de afuera y los de adentro, sigue dominando en España y en doce repúblicas hispanoamericanas.

CONCLUSION

TERMINARE con esta última cita de Martí, que corresponde a un discurso suyo del 10 de octubre de 1890, aniversario del Grito de Yara:

“...Las palabras deshonran cuando no llevan detrás un corazón limpio y entero. Las palabras están demás cuando no fundan, cuando no esclarecen, cuando no atraen, cuando no añaden”.

¿Qué podrán fundar, ni esclarecer, ni atraer, ni añadir, conmemoraciones y homenajes en recuerdo de José Martí, si detrás de ciertas charreteras y levitas oficiales, muy dadas al verbo falso, no palpita un corazón honrado?

¿Cómo enaltecer al prócer de la gran Antilla, si no pocos de quienes con una mano y una pluma lo exaltan, con otra pluma en la otra mano están al servicio de feroces regímenes totalita-

rios, en diversos países de nuestra pregonada antifictionía hemisférica?

Es una pena. Pero son los amos, y mandan. Son los segundones, y obedecen. Y mientras éstos pronuncian discursos, aquéllos elevan monumentos y llevan coronas a nuestros hombres-guías.

Sin embargo, si alguno de los grandes apareciese en la tribuna; si Martí bajara en carne y hueso de su pedestal, los enemigos de la liberación hispanoamericana “dirían maldades de él”.

“Le clavarían la puñalada en la sombra”.

Tratarían de acabarlo.

Lo encarcelarían.

Lo lanzarían al destierro.

Lo llevarían incluso al cadalso por proclamar, en esta época de locura bélica, que las ideas son más poderosas que los acorazados.

Y por decir que debemos atajarle el paso al “gigante de las siete leguas”.

MAS he aquí que los peores, afortunadamente, van pasando y se borran en la Historia. Y nos queda la siembra fecunda del hombre superior. Y la luz de su paso por la tierra, para que los hijos de sus hijos y los nietos de sus nietos no pierdan el camino.

No lo ha perdido nuestra América.

No lo ha perdido España.

No lo ha perdido la cultura hispanoamericana.

No lo perderá, a pesar de quienes tratan de llevar al mundo de Colón por rutas extraviadas.

Contra ellos están los pueblos con su memoria ancestral.

Y sus genios tutelares.

Y los mejores espíritus, de uno al otro confín del Continente.

Y la verdadera España, la España inmortal en el exilio.

Están, pues, contra la simulación y el engaño; contra las propagandas interesadas; contra las grandes mentiras que nos agobian y nos desorientan; están *por ser nosotros mismos*, los que saben que para honrar a Martí —para honrar en general a los libertadores—, es necesario seguirlos con lealtad, beber sus enseñanzas, imitarlos, “tener limpio y entero el corazón”.

Por eso, abriéndose paso entre la fanfarria de las trompetas y de los espadones, rompiendo el protocolo de los diplomáticos, podrán estos seres de excepción orientar con su voz el gran clamor de la dignidad hispanoamericana, de tal manera que sea nuestro el pensamiento de Carlyle en relación con Shakespeare, para mantener en alto esta consigna:

—¡Que nadie —ni el cerrado cavernario, ni el sabueso entreguista, ni el espadón infame— intente despojarnos de los próceres!

—Ellos son nuestra mayor riqueza.

—Lo que ellos fueron, somos nosotros mismos.

—Ellos son nuestra propia conciencia.

—Dejarnos sin su luz y sin su gloria, sería como dejarnos sin patria; sin bandera; sin lo mejor y más limpio que tenemos; sin nuestros más altos símbolos de libertad, de civilización, de justicia, de cultura, de protesta contra el entreguismo, el desenfreno, la dictadura y la barbarie.

BIBLIOGRAFIA

- Rafael Estenger: *Vida de Martí*.—Ediciones Mirador.—La Habana, Cuba, 1945.
- Néstor Carbonell: *Martí, su vida y su obra*.—Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1923.
- Gonzalo de Quesada y Miranda: *Martí, periodista*.—Imprenta de Rambla, Bouza y Cía., La Habana, 1929.
- Camilo Carrancá y Trujillo: *La clara voz de México*.—Serie "Martí en México". Compilación y notas en 3 vols.—Talleres Gráficos de la Nación, 1933. Otras imprentas, 1936 y 1940, México, D. F.
- Andrés Iduarte: *Martí, escritor*.—Ediciones Cuadernos Americanos, México, D. F., 1945.—Segunda edición: Dirección de Cultura, Ministerio de Educación Pública, La Habana, 1951.
- Jorge Mañach: *Martí, el apóstol*.—Espasa-Calpe, Madrid, 1933.
- Félix Lizaso: *Pasión de Martí*.—Ucar, García y Cía., La Habana, 1938.—*Martí, místico del deber*.—Editorial Losada, Buenos Aires, 1940.
- Carlos Márquez Sterling: *Martí y la Conferencia Monetaria de 1891*.—Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1938.
- Emeterio Santovenia y Echaide: *Bolívar y Martí*.—Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1934.—*Lincoln en Martí*.—Editorial Trópico, La Habana, 1948.
- Raúl Roa: *José Martí y el destino americano*.—Imprenta de Rambla, Bouza y Cía.—La Habana, 1938.—*15 años Después*.—Editorial Librería Selecta, La Habana, 1950.
- Juan Marinello: *Actualidad de José Martí*.—Editorial Páginas, La Habana, 1943.
- Emilio Roig de Leuchsenring: *Martí en España*.—Cultural, S. A., La Habana, 1938.—*La España de Martí*.—Editorial Páginas, La Habana, 1938.
- José de J. Núñez y Domínguez: *Martí en México*.—Secretaría de Relaciones Exteriores, México, D. F., 1934.
- Benjamín Jarnés: *Escuela de Libertad*.—Editora Continental, México, D. F., 1942.

- José Angel Ceniceros: *Martí o la tragedia del destino glorioso*.—Ediciones Botas, México, D. F., 1947.
- Alfonso Taracena: *Lecciones de Historia hispanoamericana*.—Ediciones Botas, México, D. F., 1938.
- Horacio Rubens: *Liberty*.—Brewer, Warren and Putnam, New York, 1932.
- Obras completas de Martí*.—Director: Gonzalo de Quesada y Miranda.—Editorial Trópico, La Habana, 1936.—Tomos consultados: IX: CUBA. Discursos revolucionarios.—XIX a XXIII: NUESTRA AMÉRICA.—XXIV: LA EDAD DE ORO.—XL: ESCENAS NORTEAMERICANAS.—XLVIII y L: ESCENAS MEXICANAS.—LXVIII y LXIX: CARTAS A MERCADO.
- Nuestra América*.—Introducción de Pedro Henríquez Ureña.—Editorial Losada, Buenos Aires, 1939.—Mismo título: Prólogo de Jaime Torres Bodet.—Secretaría de Educación Pública, México, D. F., 1945.
- Martí*.—Prólogo y compilación de Mauricio Magdaleno.—Secretaría de Educación Pública, México, D. F., 1942.
- Cartas a una niña*.—Prólogo de Félix Lizaso.—Ucar, García y Cía., La Habana, 1950.
- Trincheras de papel*.—Ministerio de Educación Pública, La Habana, 1945.
- Notas, cartas, estudios y ensayos sobre la vida y la obra de José Martí, en "Repertorio Americano", San José, Costa Rica; en "Bohemia", "Cuba Contemporánea", "Revista Bimestre Cubana", "El Fígaro", "Universidad de la Habana" y otras publicaciones de la gran Antilla; en "Cuadernos Americanos", "Crisol", "El Nacional", "Excelsior", "Novedades", "Revista de Revistas" y el mensuario "Universidad de México"; en "Sur", "Nosotros" y "Claridad" de Buenos Aires, por Enrique José Varona, Baldomero Sanín Cano, Pedro de Alba, Alfonso Reyes, Luis Araquistáin, J. M. Chacón y Calvo, Ventura García Calderón, Roberto Agramonte y Pichardo, Angel Lázaro, Juan Larrea, Gabriela Mistral, Joaquín García Monge, Francisco Ichaso, Enrique Gay Calvo, Federico de Onís, Fernando Ortiz, José Antonio Portuondo, Juan Ramón Jiménez, Salvador Masrip, Herminio Portell Vilá, Juan Pérez Abreu y otros ilustres pensadores de América y España.

S U M A R I O

	Págs.
Portada	7
Primeros años	11
En la prisión	21
En el destierro de España	31
Dos años en México	41
Guatemala-Cuba-Otra vez España	53
Nueva York-Venezuela-Nueva York	65
La honda de David	83
En la inmortalidad	95
-Hispanoamericanismo de Martí	99
Conclusión	119
Bibliografía	123

VICENTE SAENZ

SUS PRINCIPALES OBRAS: 1918 a 1955

- Traidores y Déspotas de Centroamérica.
 Cartas a Morazán.
Norteamericanización de Centroamérica.
 Rompiendo Cadenas.
 España Heroica.
La Doctrina de Monroe frente a los nazis en América.
 Guión de Historia Contemporánea.
 Cosas y Hombres de Europa.
 Opiniones y Comentarios de 1943.
 Centroamérica en Pie.
Paralelismo de la paz y de la democracia.
 Elogio de Francisco Morazán.
 Actualidad de don Juan Montalvo.
 Morelos y Bolívar.
Hispanoamérica contra el Coloniaje. ¹
 Auscultación Hispanoamericana.
Martí. (*Raíz y Aldel Libertador de Cuba.*)

OTROS LIBROS, FOLLETOS Y ENSAYOS

- Actitud del Gobierno de Washington hacia las repúblicas centroamericanas. ¹
 (*"Current History Magazine"*)
 El Canal de Nicaragua. ¹
 Intervención de los Estados Unidos en Centroamérica. ¹
 (*"Current History Magazine"*)
España en sus gloriosas jornadas de julio y agosto de 1936.
 El Resplandor de España. ¹
Palabras del Presidente de la República Española. ³
 Literatura en Centroamérica.
 (Revista "*Nosotros*", México, D. F.)

EN PRENSA

América hoy como ayer. (¡¡Y no aprendemos!!)

¹ Inglés y castellano.

³ Castellano, inglés y francés.

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL
SERVICIO IMPRESO, S. A., CALLE
DE ITURBIDE N^o 26, EL DÍA 20
DE SEPTIEMBRE DE 1955.

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS:
LIBRERIA DE MANUEL PORRUA, S. A.
CINCO DE MAYO 49-6, MEXICO, D. F.
APARTADO POSTAL 8870 TEL. 10-26-34

En México:

\$ 8 . 0 0

MONEDA NACIONAL



En el exterior:

Dols. 1.00